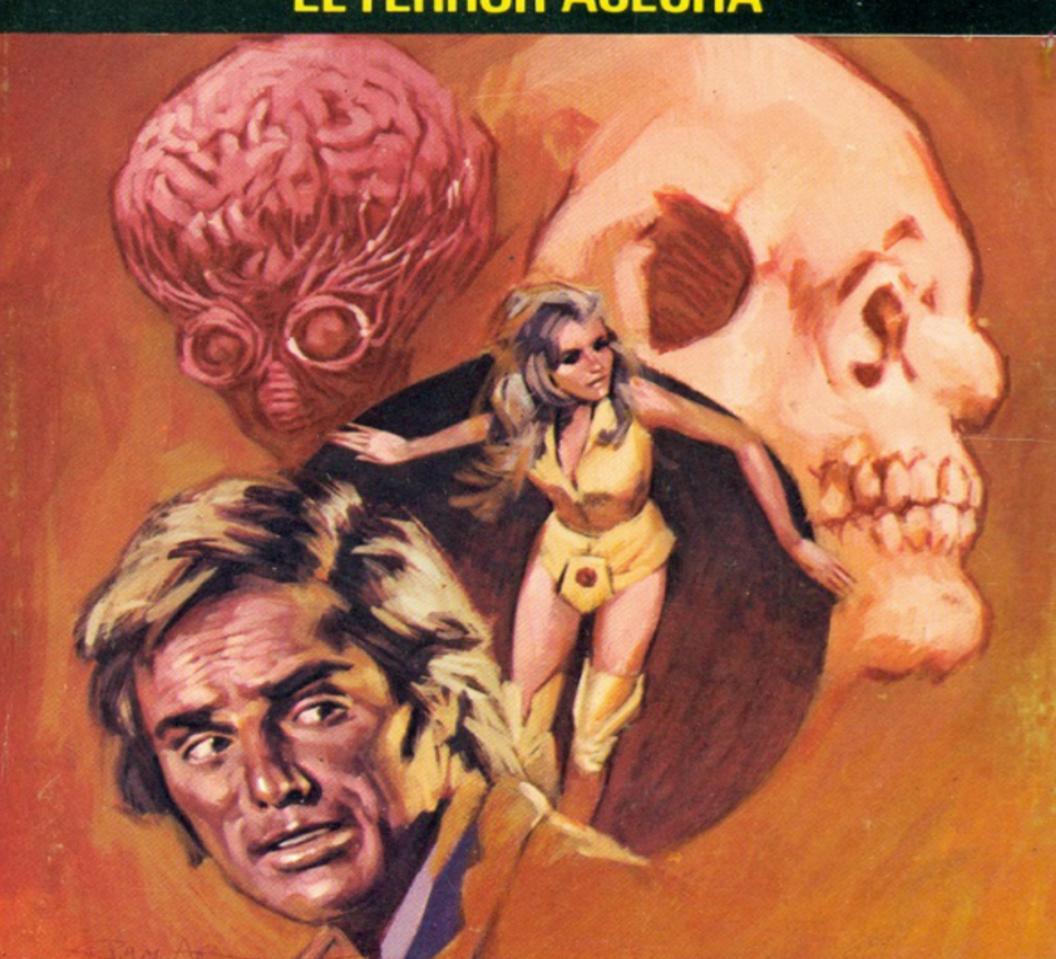
BOLSILIBROS BRUGUERA

Selección

TERROR

BURTON HARE

EL TERROR ACECHA




SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

265 — Hija de las tinieblas, *Curtis Garland*.
266 — Un lío de faldas en el infierno, *Silver Kane*.
267 — Las viejas de Maylander, *Burton Hare*.
268 — La favorita de Satán, *Adam Surray*.
269 — La mariposa de la muerte, *Ralph Barby*.

BURTON HARE

EL TERROR ACECHA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 270
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 10.010 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Entre la bruma, los desordenados pasos sonaban como el redoble de un tamborileo loco. Sincopados, irregulares, tan pronto parecían correr como andar a trompicones, como se detenían, y entonces podía oírse el angustioso jadeo que una garganta casi agonizante, al borde del colapso.

La bruma del mar del Norte se internaba tierra adentro, después de haberse encaramado, reptando, por los acantilados de la atormentada costa rocosa, al norte de Foul. Espesa como melaza, velaba la visión a escasas yardas de distancia.

Quizá por eso, los pasos se interrumpían tan a menudo, o tropezaban con una raíz, o una piedra… y entonces el cuerpo se desplomaba, y el jadeo agónico se convertía en un grito, en sollozos de terror, en un aullido bronco, en una voz que ya no era voz, sólo un estertor.

El sendero descendía en aguda pendiente, y por él, como vestida de girones de niebla, apareció la mujer. Era alta y llevaba las ropas desgarradas. De sus labios yertos, brotaba el continuo quejido de cansancio y pavor.

Sabía que había llegado al límite de sus fuerzas y todo la impulsaba a dejarse caer y abandonarse al destino, fuera éste el que fuese. Vio el torturado tronco de un árbol muerto y se abrazó a él, agotada, incapaz de dar un paso más.

Las piernas se negaron a sostenerla. Abrazada al tronco se deslizó al suelo y quedó unos instantes de rodillas, como si rezara, sintiendo la áspera corteza arañarle el rostro.

Luego se volvió para sentarse con la espalda apoyada en el árbol. Necesitaba reponer fuerzas, recuperarse lo suficiente para seguir huyendo. Sabía que había un pueblo no lejos de allí. Habían visto las luces desde la embarcación… no podía faltar mucho para llegar al lugar habitado…

Tendió el oído, sobrecogida de espanto. Sólo escuchó el bramido del mar y el silbido del viento. Las olas, al romper contra el acantilado, estallaban como sordas explosiones.

Después oyó lo otro.

No eran pasos.

Quizá no fuera nada.

Pero sabía que aquello estaba próximo, que la había seguido a través de la bruma y que podía verla en las tinieblas.

Era como un soplo de viento frío que se aproximara girando en remolinos de energía, envolviéndola con su proximidad.

Trató de levantarse y sus fuerzas no le respondieron…

Ladeó la cabeza, tratando de taladrar las tinieblas que había sendero arriba. Aquello, cualquier cosa que fuese, tenía que llegar por el camino.

El horror la paralizó. El remolino de energía diabólica era ahora más fuerte, más profundo, como un viento que cobra violencia por momentos.

La mujer boqueó, helada de frío y de espanto.

Después, el viento frío rugió contra sus tímpanos, para volverse suave, de pronto. Ella se relajó, sorprendiéndose de que, repentinamente, ya no sintiera miedo.

El frío huyó de sus miembros y sintió la delicia del deseo. Nunca antes le había sucedido nada semejante. Una excitación sexual intensa, viva y vibrante.

Incluso cuando aquello surgió efe las tinieblas no sintió ningún miedo. Era apenas una mancha oscura desgajándose de la bruma, algo que, en otras circunstancias, le habría arrancado alaridos de horror.

Sin embargo, no pensaba en el horror, sino en esa creciente ansiedad que la llenaba de impaciencia.

El viento se calmó por completo y ya sólo quedó el bramido del mar, y el estampido de las olas contra el acantilado. La noche pareció diluirse como aquella cambiante bruma. La sombra negra de las tinieblas se aproximó, paso a paso. Una capa negra parecía flotar a su entorno. Se detuvo y ella pudo ver la mancha blanca de la cara, imprecisa en la negrura. Sólo los ojos negros destacaban en unas facciones invisibles. Ojos penetrantes, que parecían acariciarla.

Ella tendió los brazos, poco a poco. Lo necesitaba, no podría soportar mucho más tiempo ese fuego que la quemaba llenándola de deseo.

Se levantó, fuerte, segura. Sus piernas eran otra vez firmes y hermosas, apenas cubiertas por los andrajos del vestido.

Caminó hacia aquella sombra negra. La capa pareció alzarse como las alas de un murciélago cuando abrió los brazos.

Ella se refugió en ellos, todo su cuerpo estremecido, temblando, oscilando contra él. Sintió una boca de fuego contra la suya, y casi se desvaneció en la vorágine extraña de ese mundo nuevo que la absorbía…

Sus miembros se aflojaron, dándose toda ella, con una corriente líquida fluyendo en el beso, ofreciéndose y tomando a un tiempo envuelta por la delirante energía, que horraba el frío y el miedo, la consciencia y el rubor.

Y él la estrechaba cada vez más fuerte, y su boca la absorbía cada vez más… y más…

El viento había cesado.

Todo calló en la noche, excepto el mar.

El mar continuó retumbando horas y horas, hasta el alba, hasta las primeras luces de un día que no podría ocultar el terror.

CAPITULO II

El coche se detuvo en la plaza, delante de la vieja posada. El viajero se apeó mientras el cochero bajaba el equipaje.

El viajero miró en torno. Las gentes de la plaza, pocas, le miraban a él, con tanta curiosidad, que sintió tentaciones de echarse a reír.

De los dos caballos que tiraban del carruaje se desprendían densas nubes de vapor. El frío era intenso, pero el día resultaba mucho más claro y luminoso que de costumbre en esas fechas. Ni siquiera la bruma persistente del invierno enturbiaba la atmósfera.

El cochero dejó dos maletas de cuero ante la puerta de la posada. El viajero le entregó un puñado de monedas de plata y el hombre hizo una gran reverencia, al tiempo que el posadero asomaba la cabeza por la puerta.

—Entre las maletas —ordenó el joven forastero—. Pasaré aquí la noche.

El posadero obedeció. Un hombre orondo y de cara roja como un pimiento cruzó la plaza a saltitos, andando como un pájaro.

Atrapó al viajero antes de que éste hubiera entrado en la posada.

—Disculpe… soy el condestable Parkins. Usted…

—Sí —sonrió el hombre joven.

—El señor Grant. ¡Nada menos que el señor Grant! Recibí su caita y apenas… apenas pude creer que quedase un Grant en el mundo. Y menos, dispuesto a volver a esta tierra.

—¿No cree que hace demasiado frío para hablar en la calle? Entre conmigo y beberemos juntos. Necesito hablar con alguien y nadie mejor que el condestable del lugar.

Entraron a la posada huyendo del frío. Los curiosos vecinos fueron saliendo de sus casas, hablando en voz baja, reuniéndose delante de la posada y lanzando miradas inquietas a las puertas cerradas.

El posadero corrió a la mesa donde los dos hombres se habían sentado. Fuera, el rumor del carruaje girando para emprender el regreso turbó el silencio.

Pidieron whisky y luego, el recién llegado dijo:

—Bueno, señor condestable, cuénteme. ¿Qué sabe de mis propiedades, queda algo aprovechable?

—Quedan las tierras. Son buenas tierras, excepto la zona de los *moor*, los pantanos y marismas. Pero todo lo demás forma una gran propiedad.

—¿Eso es todo?

—No, por supuesto que hay más. Las granjas, arrendadas por su padre. Han pagado religiosamente los arrendamientos, que fueron ingresados en la cuenta de Londres a su nombre todo el tiempo. Yo mismo, como administrador, me ocupé de ello.

—No lo pongo en duda.

—Tengo todos los documentos a su disposición, señor Grant.

—Habrá tiempo de ver papeles. Ahora hábleme del castillo sobre la bahía.

La cara del condestable se ensombreció.

—Ese es otro asunto, señor.

—¿Por qué? Recuerdo muy poco de él, pero era tan sólido como una fortaleza. No me diga que está en ruinas.

—¡Por supuesto que no! Sigue en pie… pero mucho me temo que no esté en condiciones de ser habitado.

—No lo comprendo. ¿Por qué no?

—Desde hace muchos años nadie ha entrado en él.

El joven hizo un gesto de asombro.

—¿Cómo es eso? Tenía entendido que mi padre dejó a alguien encargado de su conservación y limpieza.

—Al matrimonio Jibbons, señor. Pero abandonaron el empleo pocos meses después de la muerte de su señor padre. Desde entonces, nadie volvió jamás al castillo.

Grant esbozó un gesto de irritación.

—Debió ocuparse usted…

El condestable le interrumpió con un gesto.

—Perdone, señor. No se trata de que yo contratara a alguien o no. Se trata de que… bueno, nadie quiere entrar en el castillo. Ni siquiera en las tierras próximas.

—Chocante. Apuesto que han visto fantasmas.

—Los Jibbons, señor. Ellos vieron algo… aunque jamás quisieron explicar con claridad qué fue.

—Yo les hablaré. Necesitaré algunos sirvientes para instalarme.

—No los encontrará, señor. Abandonaron la comarca dos días después de renunciar a su empleo. Nunca más volvieron. Y en cuanto a contratar gente aquí… Bueno, para decirlo de algún modo, es mejor que se instale en el pueblo, de momento.

—Veamos si me entero. ¿Quiere decir que nadie querrá trabajar para mí?

—En el castillo, no, señor.

—Eso es ridículo.

El condestable parecía muy incómodo en la silla.

—No puede reprocharles, señor —balbució—. Son gentes sencillas, supersticiosas, incultas.

—Pero, vamos a ver, ¿qué es lo que temen?

—Nadie sabe lo que es.

—¡Eso es grande! —Resopló Nick Grant, con un sarcasmo que hizo estremecer al condestable—. Tienen miedo y ni siquiera saben de qué. Gente más estúpida…

El condestable se irguió en la silla.

—Disculpe, pero no son estúpidos, señor. Nadie quiere arriesgarse a morir, ni enfrentarse con lo desconocido. Ni con el Buque Negro, si me apura.

—¿Qué es eso del Buque Negro?

—Tampoco puedo explicárselo concretamente… Aparece una o dos veces al año en la bahía del castillo sin que nadie sepa de dónde viene, ni cómo llega allí, ni quién lo tripula. Sólo sabemos que aparece como si saliera del fondo del mar. Y es todo negro, señor.

—¡No me diga! Un buque fantasma, ¿eh?

—Yo lo vi, señor Grant.

—Y supongo que habrá visto muchos otros barcos en el mar durante su vida.

—No como ése. Pero ya veo que no me cree, y no se lo reprocho. Lo que deseo hacerle comprender es que, entre unas cosas y otras, no encontrará usted a nadie en la comarca que acepte un empleo en el castillo, así les pague con oro.

—Ya veo…

—Usted se marchó de aquí siendo un niño, señor. Por aquel tiempo ya corrían extrañas historias sobre ese Buque Negro y su tripulación infernal. Y leyendas respecto al castillo… leyendas de cuando perteneció a los Szalasky, antes que fuera adquirido por su abuelo, Nathaniel Grant. Claro que usted era muy pequeño para recordar nada de todo eso. Ni siquiera debieron contarle nada, por temor a asustarle. Pero quiero decir que todo esto no es de ahora, no es reciente, sino mucho más remoto.

—De cualquier modo se me antoja una estupidez que en estos tiempos modernos queden gentes tan primitivas, tan ignorantes. Le aseguro a usted, condestable, que si hubieran servido, como yo, en el Ejército de la India, habrían aprendido a creer sólo lo que pudieran ver y tocar. Fue una dura escuela para mí, pero me ensenó algo tan útil como vivir, y pensar y decidir por mí mismo.

El apurado condestable buscaba aún una respuesta cuando, allá fuera, en la plaza, resonaron los cascos de varios caballos.

No era frecuente ver gentes a caballo, de modo que el condestable dio un respingo y se volvió hacia la ventana.

Pudieron ver cuatro o cinco jinetes que entre el corvetear de sus monturas intentaban que los aldeanos respondieran a algo que les preguntaban.

—Mejor que salga a ver qué ocurre —rezongó el condestable—. Con su permiso, señor…

Nick Grant asintió, levantándose también.

Los jinetes eran hombres cansados, de cuyos caballos se desprendían nubes de vapor.

Uno de ellos descubrió al condestable y saltando de la silla se dirigió a él.

A juzgar por las muestras de consideración, el condestable debía tener en alta estima a aquel hombre.

Nick se aproximó, a tiempo de oír la voz sonora del forastero.

—Celebro verle, condestable Parkins —tronó la voz—. Necesitamos la ayuda de cuantos hombres quieran salir y rastrear la costa.

—¿Alguna desgracia, sir Simpson?

—Horrible, verdaderamente horrible… mi sobrina y su prometido desaparecieron, anoche, en el mar.

A pesar de la reciedumbre de la voz, ésta se quebró por unos instantes. Hubo un rumor de consternación entre cuantos oían la conversación.

A una pregunta del condestable, sir Simpson explicó:

—Mi sobrina Martha quiso dar un paseo por el mar, a última hora de la tarde. Salieron con su prometido y, poco después, se levantó ese ventarrón que alborotó las olas. No volvieron y ya no nos cabe ninguna duda que la embarcación zozobró. Desde el alba recorremos la costa sin ningún resultado. ¿Cree que saldrán voluntarios para ayudamos?

—Seguro que sí, pues no faltaría más —el condestable se volvió hacia los hombres que habían escuchado a sir Simpson y les espetó—: Ya lo oyeron, amigos. Corran la voz y reúnanse en el puerto. Allí es daré instrucciones.

El grupo se desintegró en unos segundos. Todos salieron corriendo en distintas direcciones.

Grant avanzó sin apartar la mirada del rostro de sir Simpson.

—Señor…

Al oír su voz, el jinete se volvió.

—Soy Nick Grant —se presentó, tendiendo la mano.

—¿Grant? —El hombre estrechó la mano con energía y añadió—: ¿De los Grant de este… del castillo?

—Supongo que nos llaman así. En efecto, señor, soy el único descendiente de los propietarios del castillo. Me sentiré muy honrado si me permite tomar parte en esa búsqueda.

—Desde luego, se lo agradezco. Estamos todos tan angustiados que nadie ha pegado ojo en toda la maldita noche… Y ahora que se me ocurre, ¿vive usted en el castillo?

—Acabo de llegar de la India, señor. Pero voy a vivir en el castillo, por supuesto. En mi casa.

—Ya., claro, es su casa, naturalmente. Sólo que me ha sorprendido. Y bien, ¿puede disponer usted de un caballo?

—Me temo que no, ya le dije que acabo de llegar hace apenas media hora.

El hombre hizo una seña a uno de los jinetes.

—James, déjale tu caballo al señor Grant. Puedes acompañar al condestable en el rastreo de la costa.

El sirviente hizo un gesto de asentimiento. Nick saltó sobre la silla y al sentir al nervioso potro bajo su cuerpo recordó las campañas de la India, aquella vida excitante que había dejado atrás.

En unos minutos se hubo organizado la partida de voluntarios. Sir Simpson, Nick Grant y los demás sirvientes a caballo, salieron del pueblo por el camino que se encaramaba a los acantilados, mientras los hombres a pie se desparramaban bordeando las olas, que habían perdido la violencia de la noche.

Desde el serpenteante camino, los jinetes tendían la mirada hacia el mar,

sobre el que flotaba una bruma apenas perceptible que iba desvaneciéndose a medida que avanzaba el día.

En un momento dado, Nick comentó:

—Si zozobraron, deben quedar restos de la embarcación en alguna parte. Tengo entendido que hay una fuerte corriente que bordea esta parte del litoral… quizá los arrastró hacia el norte.

—Ya pensé en eso. En cualquier caso, la corriente, con el temporal, poco pudo arrastrarlos si las olas los hundieron. Quizá en su bahía…

—¿En mi…? ¡Oh, comprendo! Piensa que quizá se refugiaron en la ensenada del castillo…

—O se refugiaron allí, o las olas arrojaron el bote contra los roquedales. En un lugar abrupto y hermoso, pero también sumamente peligroso.

—Mi siquiera lo recuerdo —dijo Nick con voz soñadora—. Abandoné el castillo muy joven y ya no regresé.

—Lo recuerdo… Conocí a su padre muy bien, amigo Grant. Era todo un caballero.

—Es usted muy amable…

Allá abajo, en los roquedales, sonó un grito estridente. Los jinetes desmontaron para poder asomarse al vacío.

Una voz gritó:

—¡Aquí hay restos de una chalupa…!

El señor Simpson se tendió en el húmedo suelo, asomando la mitad del cuerpo fuera del farallón rocoso.

—¿Qué clase de restos; de qué color era la chalupa?

Su voz llena de angustia retumbó con el eco.

El hombre, allá abajo, replicó:

—¡Un remo y un pedazo de proa… La proa era blanca, señor!

—¡Dios bendito!

Nick le ayudó a incorporarse.

—¿Cree usted…?

—La barca que utilizaron era blanca. Ya no cabe duda de lo que pasó…

—Hay que seguir buscando. Quizá pudieron llegar a la costa a nado y se refugiaron en algún saliente, o en alguna cueva. Las hay a decenas por estos contornos.

—Ya no abrigo ninguna esperanza, pero seguiremos buscando, qué duda cabe. Al menos habremos hecho todo lo que…

Su voz se quebró. Volvieron a los caballos y al coronar una loma apareció la sombría mole del castillo, al otro lado de una estrecha garganta.

Se detuvieron instintivamente. Nick Grant se quedó mirando la impresionante fortaleza. Una irónica sonrisa aleteó en sus labios.

—No parece el lugar más a propósito para vivir —comentó.

Sir Simpson gruñó:

—Es un lugar siniestro. ¿De veras piensa quedarse a vivir ahí?

—Lo remozaré. Todo consiste en quitarle ese aspecto sombrío que tiene.

Prosiguieron adelante por el retorcido sendero, hasta el fondo de la garganta. Justo cuando iniciaban la subida del otro lado, apareció el cuerpo.

Sir Simpson dio un grito y saltó del caballo como disparado por una catapulta. Grant le imitó, y tras ellos, los sirvientes.

Nick vio que la mujer estaba derribada junto a un viejo tronco muerto. Tendida en el suelo, tenía los ojos abiertos y una extraña mueca en el semblante rígido, yerto por la muerte. Hubiérase dicho que sonreía…

—¿Es su sobrina? —indagó.

—¡Sí, es ella, pero…!

—¿Qué?

—No comprendo… Quizá la muerte la… Pero eso es absurdo.

—No le comprendo a usted, señor.

—Diríase que ha envejecido al morir. Además, ¿cómo llegó hasta aquí, y cómo se destrozó las ropas?

Buena parte del cuerpo aparecía desnudo. Algunos arañazos en la blanca piel destacaban como manchas oscuras.

Nick arrugó el ceño.

—¿Vieja? —exclamó—. No creo que esa mujer tuviera más de treinta años, señor.

—Ahí justamente es donde… Bueno, quiero decir que no había cumplido los veinte.

Grant volvió a mirarla, estupefacto. Un sirviente trajo una manta y sir Simpson cubrió el cuerpo, con lo que Nick se volvió y miró sendero arriba.

—Debió bajar por el camino del castillo —gruñó—. Si consiguió salvarse del mar, ¿cómo llegó hasta aquí? Creo que usted estaba en lo cierto, señor. Hay algo extraño.

—¿Recuerda usted el acantilado de la bahía?

—Francamente, no.'

—Está cortado a pico. Nadie podría escalarlo para llegar a la cumbre. De modo que si mi pobre sobrina descendió por este sendero, lo hizo procedente del castillo o de la explanada que lo rodea. El misterio estriba en cómo llegó hasta allí.

—Quizá encontremos al muchacho que la acompañaba. Sigamos adelante. Pueden quedarse un par de hombres custodiando el cadáver, ¿le parece, señor?

El aturdido sir Simpson asintió. Dio instrucciones a dos de sus sirvientes y ellos siguieron sendero arriba.

La explanada del castillo había sido labrada en la roca viva. Era una inmensidad desolada, con una húmeda pátina de musgo verdoso y escuálidos matorrales creciendo aquí y allá, agarrados a las grietas de las rocas.

Tendiendo la mirada hacia el mar, la visión era estremecedora desde esa altura. Y bajo los pies de quienes se habían detenido al borde del abismo, la pequeña cala en forma de herradura se abría al mar y la bruma formando un hermoso puerto natural, un refugio perfecto para huir de las tormentas.

—¡Mire! —exclamó Nick.

Parte de una chalupa blanca, semisumergida, se mecía entre los salientes rocosos de la bahía. De vez en cuando golpeaba contra las rocas, astillándose más y más.

Sir Simpson asintió.

—Es la suya…

Anonadado, no atinó a reaccionar. Grant se ocupó de dar órdenes, y media hora más tarde los sirvientes, que se habían arriesgado a descender por lo que en otro tiempo fueron escalones labrados en la roca, encontraron el cuerpo de un hombre, y trozos del vestido de mujer prendidos en agudas aristas rocosas.

El cadáver del joven, encajado entre los salientes, mostraba algunas magulladuras y estaba empapado.

Grant suspiró:

—Se salvaron del naufragio, sin duda, y pudieron llegar a la costa. El temporal debió ser terrible…

—Pero ¿por dónde salió mi sobrina de esta trampa?

—Por lo que queda de los viejos escalones, señor. Hay pedazos de sus vestidos aún, allí donde se le desgarraron en sus esfuerzos por salvarse.

—Entonces, Grant, si ella llegó arriba, si no estaba herida, ¿cómo murió?

—Esta es una pregunta que sólo un médico podrá responder, sir.

Volvieron a donde estaba el cadáver de la joven, para disponer su traslado a la residencia de los Simpson.

Cuando reemprendieron la marcha hacia la población, sir Simpson insistió para que Grant aceptara su hospitalidad, hasta tanto no decidiera su instalación en el castillo.

Nick Grant aceptó sin titubear, entre otras razones, porque experimentaba una extraña inquietud desde que viera el blanco cadáver de la muchacha muerta…

CAPITULO III

El médico se quitó los lentes y estuvo frotándolos con un inmaculado pañuelo, casi un minuto.

Después se los caló otra vez y dijo:

—No aprecio ningún síntoma que nos revele la causa de su muerte, caballeros.

Hubo un par de interjecciones por parte de sir Simpson. Grant se limitó a preguntar:

—¿Un colapso cardiaco tal vez?

—Lo dudo. No hay nada que haga pensar tal cosa. Además, no olvide que yo soy el médico de esta familia desde hace muchos años, Había examinado a la pequeña Martha y me consta que poseía un corazón sano y fuerte.

—¿Y ese proceso de envejecimiento? Según sir Simpson, esa joven no había cumplido aún veinte años…

—Eso puede ser debido a la contracción de los tejidos causada por la muerte. De todos modos, cuando salgan ustedes de la habitación realizaré un más detenido examen.

Los dos hombres no necesitaron ninguna otra indicación para abandonar el dormitorio.

Grant cerró la puerta y gruñó:

—No me parece un médico muy competente…

—Lo es en grado sumo, amigo mío, a pesar de su aspecto de búho. Vayamos a la biblioteca. ¿Ha comprobado que su equipaje estuviera en orden, Grant?

—Sí, señor. Y la habitación me pareció sumamente confortable.

—Podrá quedarse aquí todo el tiempo que precise. No me parece que pueda usted ocupar el castillo en fecha próxima, teniendo en cuenta los años que hace que está abandonado.

—Espero poder agradecerle algún día sus atenciones, sir.

—Por favor, dejémonos de formalidades. Llámeme como hace todo el mundo: Arthur, sin más ceremonial.

La biblioteca era una estancia grande, con una gran chimenea, en cuyo hogar crepitaban los secos troncos de leña, guardados un año para otro. Había estanterías repletas de libros, una mesa de trabajo y algunos butacones esparcidos aquí y allá, aparte de los dispuestos delante de la lumbre formando semicírculo.

En esos estaban sentadas las dos mujeres, que se levantaron al oírles entrar.

—Ahora podrá conocer a mí esposa y a mí hija, amigo Grant.

Nick apenas le oyó porque había quedado absorto contemplando a la bellísima muchacha que le miraba a su vez, con unos ojos enormes, azules y profundos.

La esposa de Arthur Simpson era una dama de mediana edad, distinguida y

un tanto fría, pero atenta y de modales exquisitos.

—Tiene la pretensión de instalarse en el castillo —comentó Simpson, como si se tratara de algo descabellado.

Las dos mujeres redoblaron su interés por el huésped.

Pero sólo la señora dijo:

—Me parece inaudito, después de tantos años de abandono. No creo que esté en condiciones de ser habitado, señor Grant.

—Lo cierto es que ignoro en qué estado se encuentra. Pensaba visitarlo hoy, pero los desgraciados sucesos que todos lamentamos han hecho variar mis planes.

Los ojos de la joven se empañaron con las lágrimas retenidas. Al fin no pudo contenerse y dejó escapar un llanto silencioso y amargo, refugiándose en brazos de su madre.

—Estaban muy unidas, ¿comprende? —Murmuró el padre de la muchacha —. Ella y Martha eran, en realidad, como hermanas.

Grant asintió sin hablar. Momentos después, las dos mujeres se disculparon, abandonando la biblioteca en silencio.

Simpson suspiró.

—Creo que a los dos nos sentará bien una bebida ahora, ¿no le parece?

El mismo escanció whisky en dos vasos. Los vaciaron, saboreando el licor y apenas sin cambiar palabra.

Después, el dueño de la casa se disculpó también. Quería estar al lado de su hija en esos momentos de terrible aflicción.

De modo que Grant quedó solo y se entretuvo en examinar los lomos de los volúmenes alineados en las estanterías.

Cuando el médico entró, apenas si se dio cuenta, abstraído en su admiración por la interesante biblioteca acumulada a lo largo de generaciones.

El doctor dio un vistazo a los vasos con restos de whisky. Hizo una mueca y comentó:

—Me llevan ventaja, señor Grant. ¿Le apetece otro traguito?

—¡Oh, es usted, doctor…! No, gracias. Pero beba usted, es un whisky excelente, como no bebíamos en la India.

—Aquélla sí debe ser una vida excitante.

—No tanto como la gente cree.

—Pero no me negará que es un país misterioso.

—En cierto modo. Y hablando de misterios, doctor, ¿ha llegado a alguna conclusión respecto a qué causó la muerte de esa joven?

El médico contempló la cantidad de whisky que vertía en el vaso. Gruñó algo incomprensible antes de hablar de nuevo.

—Realmente, es un misterio, señor Grant…

—Por favor, soy demasiado joven para tanto formulismo. Llámeme Grant, por favor. O Nick, si lo prefiere.

—Me parecería una familiaridad excesiva con un joven comandante de nuestro ejército colonial. Pero Grant sí lo admito…

Dio un sorbo al whisky. Chascó la lengua, complacido, y vació el vaso.

Tras esto dijo:

—Es el tercer caso que veo, ¿sabe usted?

—Temo que no le comprendo, doctor.

Le miró a través de sus gruesas gafas, que le daban aspecto de búho.

—El tercer cadáver en circunstancias parecidas, quiero decir.

—¿Es posible?

—No cabe duda alguna. Hace poco menos de un año, me llamaron de Folketshire. Una joven había aparecido muerta, casi helada entre la nieve. Realicé un examen muy detenido porque aparentemente no había razón alguna para que hubiera muerto. Era una campesina sana y fuerte, de veinte años. Parecía tener cuarenta cuando yo la tuve en mis manos. Realicé análisis de sangre…

—¿Y…?

—Era sangre vieja. No de una muchacha de veinte años, fuerte y saludable como ella. Y… aunque eso es preferible callarlo, resulta excesivamente violento y sórdido.

Volvió a agarrarse a la botella de whisky. Nick le contemplaba intrigado.

—¿Qué es eso tan sórdido? —le apremió.

El médico dio una mirada a la puerta cerrada, como asegurándose de que nadie más podía escucharle.

Y al fin murmuró:

—Aquella muchacha mostraba evidencias de haber tenido un orgasmo instantes antes de morir.

Nick dio un respingo.

—¿Quiere decir que también la sobrina de sir Simpson…?

—Exactamente, aunque le agradeceré que no lo mencione en absoluto. Eso aumentaría su pena y enturbiaría el buen recuerdo de una muchacha adorable.

—Pero es sumamente extraño. ¿Cuál fue el otro cadáver que examinó, usted, en idénticas circunstancias?

—Se trataba de un hombre, en aquella ocasión. Un mocetón del pueblo aficionado a pescar. Una tarde fue de pesca y no regresó. Tenía veintidós años. Cuando le hallamos, al día siguiente, usted le habría atribuido por lo menos cincuenta.

—Es asombroso, doctor.

—Yo diría que es más que eso, amigo Grant, sobre todo si tenemos en cuenta que también en ese muchacho descubrí claras evidencias de que había experimentado placer sexual poco antes de morir.

—¿Y a qué atribuye usted…?

—No lo sé. Es incomprensible, y créame usted que me he devanado los sesos tratando de hallar una explicación razonable.

De pronto, una idea asaltó a Nick Grant.

—Dígame usted, doctor, ¿dónde encontraron a ese joven pescador?

—En la bahía del castillo… de su castillo, Grant. Estaba caído sobre unas

rocas.

—¿Y a la muchacha de Folketshire?

El médico le observó unos instantes por encima del borde de su vaso. Bebió un sorbo sin dejar de mirarle, y al fin dijo, hablando muy despacio:

—En la arboleda que hay detrás del castillo.

—Ya veo…

—Ahora pienso si no será demasiada coincidencia que los tres cadáveres apareciesen todos en torno a su castillo, Grant. Y en tan extrañas circunstancias…

—Sí que resulta sorprendente, doctor.

—Eso es decir poco. Le apuesto doble contra sencillo que el terror de las gentes hacia esa fortaleza aumentará hasta el infinito.

—De cualquier modo no pueden ser más que supersticiones. Usted y yo, como cualquier persona evolucionada y culta, sabe que todas estas historias de fantasmas y aparecidos son pura imaginación, leyendas sin ningún fundamento.

—Amigo mío, lo que usted o yo pensemos al respecto no cambiará las creencias de las gentes de los pueblos cercanos. Sin embargo, ahora que está usted aquí…

—¿Sí, doctor?

—Me gustaría visitar el castillo. En su compañía, por supuesto.

—Me encantará tenerle por compañero, cuando yo mismo vaya a comprobar su estado, mañana por la mañana.

—Entonces le acompañaré. Quién sabe, con un poco de suerte quizá descubramos al terrible fantasma que hizo huir al matrimonio de sirvientes que quedó en el castillo después de la muerte de su padre.

—Doctor, a menos que las costumbres fantasmales hayan cambiado con los nuevos tiempos, esos caballeros jamás se aparecen durante el día.

—Eso es cierto.

—¿Quiere visitarle de noche tal vez?

El médico dio un respingo. Arrugó el ceño y tras un breve silencio murmuró:

—No, gracias.

—¿Miedo quizá?

—No sé si es miedo o prudencia. Pero soy de la opinión, amigo mío, que existen más cosas ignoradas en la naturaleza, de las que se conocen.

—Vamos, vamos, usted es un científico, un hombre cultivado, así que se supone que tiene una mente lógica y analítica.

—Bueno, encuéntreme usted una explicación lógica y analítica al misterio de esas muertes, y le daré la razón en sus opiniones.

Nick sonrió.

—Mc ha pillado usted. Visitaremos el castillo por la mañana.

—Bebamos para celebrar el hecho de habernos puesto de acuerdo.

Brindaron en silencio. Luego, el doctor soltó de pronto:

—¿Conoce usted la existencia del Buque Negro?

—El posadero me habló de ese otro cuento.

—Lo curioso es que no se trata de un cuento, Grant.

—¿Quiere decir que se aparece un barco fantasma en mi bahía?

—Fantasma o no, me consta que varias personas lo han visto. A juzgar por las descripciones que he logrado obtener, debe tratarse de un bergantín, sólo que es todo negro, y las velas, o lo que queda de ellas, cuelga de los palos hecho harapos. Y también son negras.

—Bueno, si las velas están hechas pedazos, ¿cómo navega?

—Lo ignoro. Es otro de los misterios que rodean su castillo roquero, amigo mío.

—Está intrigándome cada vez más. Nunca pude imaginar que lo que fuera residencia de mis antepasados se convirtiese en un misterio tan apasionante.

La entrada del dueño de la casa interrumpió definitivamente el tema de conversación. Se habló durante unos minutos de la muchacha muerta, del dolor de aquella familia y, poco después, el médico se despidió, rió sin antes recordarle a Nick que a la mañana siguiente tenían una cita.

Fue entonces cuando advirtió cuán intrigado estaba, con cuánta impaciencia esperaría la mañana para realizar aquella visita al lugar donde naciera.

Un lugar que parecía albergar el misterio de unas muertes pavorosas que nadie podía explicar.

CAPITULO IV

El condestable Parkins se había empeñado en acompañarles, y trajo las llaves del castillo dispuesto a cumplir con su papel de celoso administrador.

Los tres hombres se detuvieron ante la colosal fachada delantera, allí donde se abría el enorme portón de madera claveteada, y se alzaba la torre del homenaje, o del vigía en los tiempos en que la fortaleza sirviera de atalaya contra las incursiones de los forajidos del mar.

—No cabe duda que impresiona —comentó el doctor.

En la enorme puerta había otra más pequeña, de hierro macizo, en cuya cerradura el condestable insertó una llave. Estuvo peleando con el mecanismo un buen rato antes de que cediera a sus esfuerzos.

El interior del lóbrego vestíbulo estaba lleno de polvo y telarañas. Más allá se abría un arco con una cristalera, y a través de los cristales debía contemplarse un patio interior. Sólo que entonces no podía verse nada porque la suciedad había hecho opacos los cristales.

—Va a necesitar un regimiento de mujeres para limpiar esto, amigo Grant —comentó el doctor.

Empezaron a recorrer las sombrías estancias de la fortaleza. Grandes dormitorios adornados de espesas telarañas. Cuartos de baño instalados en la última época de esplendor del castillo y dependencias innumerables que les impresionaron profundamente.

Los salones eran de proporciones colosales. Enormes lámparas de petróleo colgaban de los altos techos, envueltas en telas que el tiempo había oscurecido.

El comedor era también inmenso, con una larga mesa para veinticuatro comensales. Había sus correspondientes sillas alrededor, todo ello cubierto por sábanas que el polvo había teñido.

—¿Qué le parece? Le advertí que no podría instalarse usted aquí durante un tiempo, señor Grant.

La voz del condestable tembló ligeramente. No estaba tranquilo entre aquellos muros de sólida piedra. Pensaba sin cesar en las cosas que contaba la gente, en los misterios que podían ocultarse en ese lugar arrancado del tiempo.

No obstante, nada contribuía a provocar ningún temor. Sólo era un castillo deshabitado, nada más.

El doctor se había detenido delante de los viejos cuadros que adornaban un muro sin ventanas. Eran lienzos antiguos representando a hombres y mujeres de otras épocas perdidas en el pozo del tiempo.

—¿Sus antepasados, quizá? —indagó.

Grant se encogió de hombros.

—Puede que alguno sea antepasado mío, aunque lo ignoro. Más bien me inclino a pensar que son miembros de los primeros propietarios del castillo.

—Los Szalasky. Una gente extraña…

—¿Por qué extraños?

—Porque nadie sabe de dónde vinieron ni cuándo, amigo Grant. Pero durante generaciones habitaron este castillo, y gozaron de los favores de la corona de Inglaterra.

Siguieron recorriendo la larga galería de los retratos, hasta una puerta de roble que había al fondo. Inesperadamente, el condestable murmuró:

—¿No lo notan ustedes?

—¿Qué? —dijo el doctor.

—El silencio.

Grant se volvió en redondo, mirando sobresaltado al hombre rechoncho.

—¿Silencio? —exclamó—. ¿A qué se refiere, condestable?

—No sé… Es como si estuviésemos sumergidos en un lugar profundo, al que no llegara ningún ruido, ni un soplo de aire… Un lugar muerto.

Se quedaron boquiabiertos.

Pero incluso con su escepticismo, cayeron en la cuenta de que Parkins tenía razón. Reinaba una atmósfera inmóvil allí dentro, en la alargada sala. Sus voces sonaban extrañamente opacas. Por lo demás, no captaban el menor sonido excepto sus propias voces.

—Bueno —gruñó el doctor—. Debemos hallamos en un ala del castillo alejada del acantilado. Recuerdo bien que en todas las otras dependencias se oía perfectamente el ruido del mar.

—Tal vez ese profundo silencio sea debido a las proporciones de esta sala, tan larga y estrecha —opinó Grant, perplejo.

—¿Y el modo como suenan nuestras voces? —insistió el condestable, cada vez más inquieto—. Hemos pasado por estancias mucho más grandes que ésta y no ha sucedido nada parecido.

Nick Grant abrió la puerta del fondo y aparecieron unos amplios escalones que ascendían hasta perderse en un oscuro rellano.

También allí pudieron advertir la extraña y pesada atmósfera.

—¿Qué hay allá arriba, lo recuerda usted, Grant? —indagó el doctor Wells.

—Pues no. Excepto la habitación que ocupé de niño, el comedor y algunas otras dependencias, he olvidado todo el resto de instalaciones del castillo. Pero podemos subir y verlo si les parece.

Parkins balbució algo referente a que estaba haciéndose muy tarde, pero el doctor ya había empezado a subir los peldaños de madera, así que le siguieron. Bajo sus pies, los escalones crujían, y también ese sonido sonaba opaco, como en una caja de resonancia.

A la luz de una cerilla, descubrieron que en el rellano superior no había más que una puerta de sólido aspecto. Nick probó el tirador, pero estaba cerrada con llave y no se abrió.

—Dios sabe dónde estará la llave —rezongó el médico, intrigado—. Pienso que es muy chocante que ésta sea la única puerta que hemos

encontrado cerrada con llave en todo este mausoleo.

Grant se inclinó para examinar la cerradura. Cuando volvió a erguirse estaba perplejo.

—La cerradura parece obstruida.

—¿Cómo?

—Igual que si estuviera tapada con algo sólido.

El doctor le imitó. Aún agachado, exclamó:

—¡Es como si hubiera la llave puesta por el otro lado!

—Eso mismo pensé yo.

Parkins esbozó un gesto de impaciencia.

—Mejor marchémonos de aquí. Está haciéndose muy tarde para mí.

El doctor Wells se volvió con una socarrona risita.

—Tiene usted miedo, mi buen condestable. ¿De qué, o de quién? ¿De los tan cacareados aparecidos?

—No me gusta este extraño silencio… Me crispa.

—Sí que resulta curioso —admitió Grant.

—¿Alguno de ustedes tiene un cortaplumas delgado?

—Yo tengo uno, pero…

—Préstemelo un momento, Parkins, por favor —pidió Wells.

La hoja del pequeño cuchillo era delgada y fina. El médico la introdujo en la cerradura y comenzó a hurgar en ella. Apenas unos instantes después al otro lado de la puerta sonó un golpe de metal contra el suelo.

—¡Era la llave! —exclamó el doctor, excitado—. He conseguido hacerla caer fuera de la cerradura.

—Si fuera usted un hábil ladrón de guante blanco —comentó Grant con ironía—, ahora conseguiría abrir la puerta con ese cortaplumas.

—Eso es, justamente, lo que voy a intentar. Siempre me han apasionado los misterios, y esa puerta cerrada es un misterio desde todos los puntos de vista. ¿No opina igual, Grant?

—Adelante, demuestre sus habilidades.

El doctor volvió a introducir el cuchillo en la cerradura. Se disponía a tantear en busca de la galga que hiciera girar el pestillo, cuando al apoyarse en ella la puerta giró hacia adentro despacio, sin un chirrido.

Wells dio un salto atrás y Nick comentó:

—¡Caramba, doctor, tiene manos de plata!

—No… no hice nada en absoluto. La puerta se ha abierto sola. ¡Les digo que no tuve tiempo de hacer nada con el cuchillo!

—Entonces hemos de suponer que nos han abierto desde dentro —ironizó el propietario del castillo.

Parkins quedó lívido.

Por la rendija de la puerta podían ver la claridad del día en una habitación con paredes de piedra. Resueltamente. Nick acabó de abrir y los tres hombres dieron unos pasos adelante.

Dos a lo sumo, porque cuando vieron lo que había en aquella estancia los

tres se detuvieron como si hubiesen tropezado con un muro.

—¡Dios del cielo! —balbució Parkins.

Les castañeteaban los dientes.

Incluso el flemático doctor Wells se quedó mudo de estupor, porque no se necesitaba tener mucha imaginación para identificar lo que tenían delante.

Eran tres enormes sarcófagos.

Pero de un aspecto muy curioso, puesto que estaban construidos con un material transparente como el cristal.

También resultaba curioso que los tres carecieran de tapa. Y sus interiores estaban acolchados y limpios, carentes del polvo que impregnaba el resto del castillo.

—¡Ataúdes! —Exclamó el médico—. Pero en mi vida vi nada semejante.

Nick se aproximó a los tres vacíos sarcófagos. Eran de grandes dimensiones y el acolchado de su interior era negro, tapizado con un suave terciopelo. Su forma, tamaño y construcción, hacían pensar en ataúdes grandes y regios, excepto que el acolchado más parecía un mullido lecho que el relleno destinado a pudrirse en una tumba.

Además, el material transparente…

—¿Le parece a usted que es cristal, doctor? —preguntó Grant, atónito.

—Muy grueso, a mí modo de ver. ¿Para qué quiere nadie ataúdes transparentes; para ver agusanarse el cadáver?

Parkins dio un respingo.

—¡No diga esas cosas, doctor! —tartajeó.

—De cualquier modo habría que comprobarlo…

El médico miró en torno. Había una sólida silla en un rincón. Antigua y cuajada de tallas. La levantó comprobando que pesaba una enormidad. Tras voltearla con todas sus fuerzas, la estrelló contra el ataúd más próximo.

Dos gruesas patas de la silla saltaron en pedazos, pero el transparente sarcófago quedó intacto, tan sólido como si fuera de acero.

Nick Grant soltó un juramento. Aquello le intrigaba cada vez más.

—Se supone que yo soy el propietario del castillo —rezongó—. Debería tener alguna idea de lo que contiene, ¿eh?

—Excepto que eso escapa a cualquier idea. Fíjese en lo limpios que están. No tienen una sola mota de polvo, cuando el polvo se acumula por todas partes, incluso en esta habitación. Es… es como si estuvieran ocupados regularmente…

—Y Cuino si sus ocupantes los hubiesen abandonado hace apenas unos instantes —terminó Nick, sintiendo un ligero escalofrío.

El condestable balbució:

—¡Yo me voy de aquí, señores!

—Espere un poco, hombre. No hay nada amenazador hasta ahora en todo lo que hemos visto.

—¿No? Ya me dirá si no es amenazador pensar que tres muertos pueden aparecer en cualquier momento. Además, hay otra cosa que ustedes no han

advertido aún, intrigados por esas cosas…

—¿A qué se refiere?

—Al silencio.

—¿Otra vez con lo mismo?

—No comprenden… Hay una ventana aquí. Se ve el mar a corta distancia… ¿Por qué no se oye?

El doctor y Nick se volvieron en redondo hacia la ventana.

Los sucios cristales dejaban ver con dificultad el mar, a lo lejos. De un salto, Nick estuvo junto a ella y atisbó después de frotar la suciedad con la mano.

El mar parecía romper bajo sus mismos pies, aunque a gran profundidad. No obstante, a través de los cristales no se percibía el menor sonido. Ni un susurro.

Nada.

Como si estuvieran aislados del mundo, metidos en una caja hermética e insonorizada.

—Sí que es curioso… ¿A qué lo atribuye usted doctor?

—Le confieso que estoy tan perplejo como ustedes.

—Veamos abriendo la ventana si se rompe este hechizo…

Lo intentó. Forcejeó con la antigua falleba de hierro. No pudo moverla ni un milímetro, cual si estuviera soldada a su engarce. No obstante, nada había que permitiera comprender tampoco este fenómeno.

—No puedo ni moverla —gruñó, echándose atrás.

Parkins temblaba como un azogado.

—¡Por favor, vámonos de aquí, caballeros! Esto es cosa del diablo…

—Deje en paz al Príncipe de las Tinieblas, condestable. Le apuesto doble contra sencillo a que ya tiene suficiente trabajo sin ocuparse de este castillo. Debe existir una buena explicación para todo esto. Todo consiste en hallarla.

—¿Y si entretanto regresan los… este… los ocupantes de los ataúdes? Nadie vivo viviría en ellos, de eso estoy seguro… Muertos, señor Grant. Muertos que andan…

—¿Zombies, quiere decir?

—Algo así.

—¿O vampiros: los no muertos?

Había sarcasmo en las palabras de Nick/ pero el condestable lo pasó por alto.

—¡Maldito si quiero saber qué son! —casi gritó.

—No obstante, mi querido Parkins, usted debería saber qué son estas cosas, y quiénes las ocupan —dijo Grant, con voz lenta y suave.

—¿Yo?

—Usted ha sido el administrador del castillo y de sus tierras durante años…

—¡Pero nunca entré en esta fortaleza desde que se marcharon los sirvientes, señor! Y le juro que en aquella época estas cosas no estaban aquí.

Les obligué a realizar un inventario detallado para estar seguro de que no faltaba nada, antes de permitirles abandonar el castillo y pagarles el sueldo.

—Comprendo. No estaba reprochándole nada, Parkins, compréndalo. Ha sido una pequeña broma.

—¡Malditas las ganas de broma que tengo, señor Grant! ¿No se dan cuenta ustedes dos que pueden sorprendemos aquí y…?

—¿Y qué?

—No lo sé. Ni quiero saberlo.

—Está bien, tampoco aclaramos nada quedándonos en esta habitación discutiendo. Habrá que hacer averiguaciones, y volver para quitar esos ataúdes de aquí. O lo que quiera que sean.

Parkins había pasado la puerta antes de que terminara de hablar. El doctor le siguió meneando la cabeza, más intrigado que nunca.

Tras una última mirada a lo que dejaban atrás, Grant salió también.

El rellano seguía oscuro, y la escalera era un pozo de sombras al final del cual se adivinaba la leve claridad de la puerta que comunicaba con la galería de los retratos.

Sus dos acompañantes andaban cinco o seis peldaños ante él. Nick empezó a bajar.

Y entonces sucedió.

Le llegó la voz. Aquel extraño susurro, apenas un suspiro.

—No te vayas… espérame… espérame…

Se volvió de un salto. No vio nada. No vio a nadie.

—¿Oyeron ustedes eso? —exclamó.

—¿Qué?

—Esa voz…

El médico subió hasta él a saltos.

—¿Qué voz, Grant? Nadie ha hablado una palabra.

—Parecía un susurro… una voz de mujer.

—No he oído absolutamente nada. ¿Y usted, condestable?

Pero Parkins estaba ya abajo y le perdieron de vista cuando saltó hacia la claridad de la galería.

—Hubiera jurado que una mujer me hablaba… pidiéndome que la esperara —gruñó Nick, ahora francamente alarmado.

—Figuraciones suyas, amigo Grant. Reconozco que este ambiente, y lo que hemos visto arriba, son capaces de hacer que uno vea aparecidos en las paredes.

—Yo no he visto a nadie, sólo oí esa voz.

—Le pareció oírla. Vamos, salgamos de aquí. Noto como si me faltara el aire.

—Sí, será mejor que salgamos para…

No terminó. Allá abajo, en la galería de los retratos, el condestable Parkins gritó.

Fue el suyo un grito espeluznante, porque contenía todo el terror del

infierno.

Los dos hombres se lanzaron escaleras abajo.

CAPITULO V

Parkins estaba parado en el centro de la larga galería, rígido como un poste. Cuando el doctor y Nick llegaron a su lado empezó a temblar de un modo violento, espasmódico, con la mirada desorbitada, y la boca abierta y jadeante.

El doctor le sacudió ligeramente.

—¡Parkins! ¿Qué diablos le sucede, hambre? ¡Parkins!

Grant siguió la dirección de la mirada del condestable.

No vio nada, sólo la puerta del otro extremo de la galería, y los retratos en las paredes.

Al fin, Parkins balbució algo y levantó la mano, señalando la puerta.

—¡Ahí! —boqueó, ahogándose—. Estaba allí, en la puerta…

—¿Quién?

—No sé…

—Díganos qué ha visto usted, condestable —trató de calmarlo Nick, hablándole con suavidad—. ¿Tal vez una sombra o algo así?

—¡No, no!

Esperaron que se calmara. Poco a poco el temblor cedió y el pobre hombre acabó mirándoles alternativamente con aquella expresión desencajada.

—¿Y bien? —se impacientó el doctor.

—Fue horrendo… podía ver a través de ella…

—¿De quién?

—De la mujer. ¿No comprendes? Estaba allí, y me miraba fijo… desnuda, tendiéndome los brazos… ¡Pero era transparente, doctor! Pude ver la puerta a través de su cuerpo… ¡No estoy loco, tienen que creerme!

Los dos hombres se miraron sobresaltados. La declaración de cordura del condestable les había alarmado más que todo el resto de la sorprendente explicación,

—Está bien, Parkins —gruñó el médico—. Tómelo con calma. Todos hemos creído ver cosas raras, alguna vez.

—No me creen —susurró, con desaliento.

—¿No comprende que es absurdo? Una mujer desnuda Y transparente… No cabe duda que lo que vimos arriba, y el ambiente siniestro del castillo le han impresionado profundamente. Vamos, salgamos de aquí —acabó el doctor, impaciente.

Los tres se encaminaron a la salida. Tan pronto dejaron atrás aquella gran nave de los retratos y hubieron cerrado la puerta, tuvieron la sensación de que volvían a respirar libremente, con total normalidad.

Grant exclamó:

—¿Lo oye usted, doctor?

—Sí… el mar. ¿Es eso lo que quería decir?

—El susurro del mar, y el viento, el rumor de vida, nuevamente. Estoy

intrigado como nunca lo estuve antes, doctor.

—Intrigado no es la palabra, en mi caso. Ese misterio me fascina… y le ruego que me permita volver para tratar de comprenderlo.

—Por supuesto, doctor. Siempre que lo desee. Además, voy a ocuparme de buscar gente para limpiar todo esta

Parkins se estremeció.

—Escúcheme, señor Grant. No vi visiones. No estoy loco ni borracho. Había una mujer desnuda delante de la puerta. Alta, casi demasiado alta para ser mujer. Nunca soñé siquiera que pudiera existir una mujer tan bella en todo el mundo, señor. Pero sí existe, y me tendía los brazos, como llamándome… ¡Sólo que podía ver a través de su cuerpo! —Su voz se quebró con una nota aguada—. ¡Dios bendito, era transparente!

De nuevo, el médico y Grant cambiaron una preocupada mirada, sin replicar, salieron al exterior, a la explanada delantera. El propio Nick se ocupó de cerrar la poterna de hierro y los tres hombres respiraron a pleno pulmón, la mirada tendida hacia el mar que ondulaba en medio de leves girones de niebla, para morir con un sordo chapoteo al pie del abrupto roquedal sobre el que se encontraban.

El doctor sacó una pipa y se entretuvo en llenar la cazoleta con tabaco, pacientemente, abstraído porque, tal como él mismo dijera antes, ese misterio le seguía fascinando.

Nick levantó la mirada hacia los pétreos y siniestros muros. Nunca había sido impresionable. Ni siquiera los misterios terribles de las sectas indias lograron preocuparle. No obstante, en esta ocasión se notaba inquieto.

Su mirada recorrió la almenada torre, los ventanales oscuros, la mayoría semejante a simples troneras.

Y, de pronto, la vio,

O le pareció ver aquella cara borrosa detrás de unos cristales polvorientos.

Fue sólo una fracción de segundo, pero notó un extraño impacto en todo su ser, porque a pesar del brevísimo espacio de tiempo que creyó distinguir la visión, se maravilló de que pudiera existir una mujer tan esplendorosamente bella, tan perfecta en cada uno de sus rasgos que dudaba, incluso, de sus propios sentidos porque ni en los más exaltados sueños de juventud había imaginado una hermosura tal. Una corriente cálida se extendió por todo su cuerpo cuando ya la visión había desaparecido. Un deseo salvaje, incontenible, como jamás antes experimentara…

Se dominó a duras penas y balbuceó:

—Doctor… ¿Recuerda usted, más o menos, dónde está situada la habitación de los sarcófagos?

El médico levantó la mirada.

—Debe estar allí, en aquel ángulo… Yo diría, incluso, que la ventana por la que vimos el mar sin oírlo, es aquélla—… la tercera contando de abajo arriba, en la esquina.

Nick sintió un ramalazo de hielo en la sangre. Aquélla era la ventana por

donde había vislumbrado la aparición.

—Eso pensé… —balbuceó, aún bajo el influjo de aquella ola de deseo incontenible.

—¿Qué le ocurre a usted, Grant? Está lívido…

—Un mareo, supongo. No es nada, doctor.

—Me parece que a todos nos ha impresionado demasiado lo que vimos allí dentro… Mejor regresemos al pueblo, y bueno será no comentar la presencia de los ataúdes, o las gentes huirán como un rebaño de ovejas perseguidas por el lobo. Y eso va especialmente para usted, querido Parkins.

—Guardaré silencio. Si contase lo que he visto me tomarían por loco.

Echaron, a andar cuesta abajo, hacia la vaguada, más allá de la cual se alzaba el pueblo, invisible desde el lugar en que se hallaban.

Estaban a mitad de la pendiente cuando la niebla pareció espesarse de pronto, de un modo súbito.

—Habrá galerna —vaticinó el doctor Wells—. Está enfriándose el aire, y esa niebla tan espesa no augura nada bueno. Debemos darnos prisa.

Apresuraron el paso.

La niebla pareció solidificarse, envolviendo el castillo, los roquedales, la bahía en forma de media luna.

Fue en la bahía donde surgió de entre la niebla. Primero semejó una mancha más oscura que pronto tomó forma.

La forma de un negro bergantín goleta de tres palos, con girones de velas colgando en informes harapos, tan negros como la muerte.

Si los tres hombres se hubiesen retrasado sólo unos minutos hubieran sido testigos de la fantasmal aparición. La vieja nave se deslizó por la ensenada como guiada por la mano del diablo. Al fin se detuvo, inmóvil, a un tiro de piedra de los salientes rocosos. El viento mecía los jirones de las velas, semejantes a restos de una negra mortaja…

* * *

Alice Simpson murmuró:

—¿Qué encontraron en el castillo, señor Grant? Tengo para mí que debió ser algo verdaderamente intrigante para que preocupe al bueno del doctor hasta ese extremo…

Nick la contempló con el ceño fruncido.

—Nada de lo que vimos allá arriba puede haber preocupado al doctor Wells. No había más que polvo y abandono.

Habían terminado de comer y estaban en el salón, en torno a la chimenea. Ellos dos a un lado, y el doctor y el matrimonio Simpson en sendos butacones de orejas, saboreando el viejo brandy del que sir Simpson estaba tan orgulloso.

—Tengo la impresión de que ambos ocultan algo…

La muchacha seguía mirándole con una leve chispa de desafío en sus ojos

azules. Nick sintió, de nuevo, aquel ramalazo de salvaje deseo que experimentara por primera vez durante la mañana.

Desvió la mirada y sacudió la cabeza.

—Nadie le impide soñar, señorita Alice…

—Señor Grant, quisiera…

El la interrumpió.

—Por favor, dejémonos de tanta rigidez. Llámeme Nick, y yo la llamaré Alice. Usted y yo no nos llevamos tantos años como para tratamos como extraños.

—Pensé proponérselo a usted antes, sólo que no me atreví.

Sonaron unos ligeros golpes en la puerta, y un sirviente apareció en ella.

—Perdón, sir… un mensajero del condestable insiste en hablar con el doctor y el señor Grant.

El médico se levantó, refunfuñando. Nick le siguió hacia el vestíbulo.

Un hombre delgado, de ojos hundidos y cara que se les antojó demasiado pálida, daba vueltas a un gastado sombrero entre las manos.

—Doctor…

—¡Hola, Jerome! ¿Qué pasa; se ha sentido indispuesto nuestro condestable?

—No, no… Se trata de Buque Negro, doctor.

Wells dio un respingo.

—¿Ha aparecido otra vez?

—Sí, señor. Yo mismo lo he visto.

—Cuéntenos.

Grant escuchaba, profundamente sorprendido de que el doctor tomara en serio una cosa como la aparición de un buque fantasma.

Pero Jerome explicó:

—Había salido a pescar en mi chalupa, doctor. Me acompañaba el viejo Green, usted ya le conoce. De pronto se levantó una niebla terrible. Emprendimos el regreso a toda prisa porque aquello no era natural. El viejo Green rezaba sin cesar. Y de pronto, cuando doblamos la punta sur de la caleta del castillo, lo vimos.

—El BUQUE NEGRO…

—¡El mismo, doctor! Entraba en la cala deslizándose sobre las aguas cual una sombra… ¡En SU cala, señor Grant!

—Está bien, cálmese, amigo mío. ¿Cómo es ese barco, vio usted detalles de él?

—¿Que si vimos detalles? Nos pasó tan cerca, que casi hubiéramos podido tocarlo con sólo alargar la mano. ¡Ánimas benditas, señor! Le digo que no es de este mundo… ni siquiera se balanceaba sobre las olas, sólo se deslizaba por ellas, lento, seguro, movido por el soplo del infierno porque no lleva velas ni nada… sólo pedazos de ellas colgando y oscilando al viento…

—¿Qué sucedió después, Jerome?

—¿Después? No nos quedamos para verlo. Le dimos a los remos tan

deprisa que pareció que volábamos, señor. Nunca en mi vida he remado de ese modo… y nunca en mi vida me pareció tardar tanto de llegar al puerto. Una eternidad…

Nick dijo, con cierto retintín:

—Así que ahora ese extraño buque se encuentra en mi bahía…

—Así es, señor Grant.

—¿Qué clase de nave es?

—Me pareció un bergantín de tres palos, un bergantín goleta, aunque no estoy seguro. ¡Les juro que no me entretuve en ver detalles! Y si vimos el nombre fue porque nos pasó tan cerca, que por poco no nos hundió.

Nick dio un respingo.

—¿Pudieron leer el nombre del barco?

—Con toda claridad, aunque las letras son oscuras y apenas se distinguen sobre el negro casco… Además, es un nombre muy raro… SYR-KUM.

—¿Cómo?

—Eso me pareció por lo menos, aunque… bueno, nunca aprendí a leer muy bien, ¿saben? Pero juraría que vi ese nombre… SYR-KUM.

El doctor Wells permaneció mudo, el ceño fruncido y una expresión perpleja en su cara.

Ante su silencio, Nick gruñó:

—Y bien, doctor, ¿qué opina usted; existe, realmente, ese buque, o es una jugarreta de la niebla y la superstición?

Jerome dio un respingo. Su cara se puso súbitamente roja.

—Excúseme, señor Grant, pero yo nunca fui supersticioso. Temeroso de Dios, sí, pero no supersticioso, y le digo a usted que ese buque maldito nos ha pasado, a mí y a Green, ante las mismas narices. Con perdón.

Wells sonrió.

—Yo le creo, Jerome. Debe disculpar a nuestro amigo Grant por su incredulidad. Acaba de llegar, después de años sirviendo en el ejército colonial, pero ya que se presenta la oportunidad podemos comprobar, por nosotros mismos, la realidad de ese navío fantasma.

Nick asintió.

—Eso era lo que pensaba proponerle, doctor.

—Deberíamos abordarlo desde una chalupa, ¿no le parece? Porque en la bahía no hay ni un triste madero con el que llegar a bordo.

Jerome sacudió la cabeza.

—Deben haber perdido el juicio, doctor… Les digo que ese barco no es de este mundo.

—Yo nunca oí decir que en el otro navegaran con bergantines goleta. Jerome —rió Grant.

—Allá ustedes. Yo he cumplido. El condestable me pidió que viniera a advertirles y lo hice. Ahora…

—Espere un minuto. No me importaría pagarle diez libras para que nos llevase usted en su barca —propuso Nick.

—Ni por diez mil me atrevería, señor.

—Ya veo…

El médico sacudió la cabeza.

—Iremos usted y yo, Grant. Tengo una pequeña barquichuela con la que suelo pasear en el buen tiempo. ¿Qué tal se le dan los remos?

—No lo sé. Nunca los manejé, doctor.

—Ahora tendrá usted oportunidad de hacerlo. Despidámonos de los Simpson y démonos prisa. No sea que el buque fantasma se esfume y no vuelva a entrar en la bahía en un año.

—¿Es que tiene fechas fijas de visita?

—Nadie lo sabe, pero suele ser visto una o dos veces al año… cuando es visto, naturalmente. Las gentes son más bien reacias a frecuentar aquellas aguas.

—Claro, claro…

Así quedó decidida esa segunda expedición al reino de lo desconocido.

Ninguno de ellos podía imaginar las consecuencias que se derivarían de semejante excursión.

CAPITULO VI

La proa de la pequeña chalupa del doctor Wells golpeó el negro casco y el golpe resonó, lúgubre, en la quietud creada por la espesa niebla.

—Por lo menos, es sólido y no una ilusión óptica —comentó Nick, un tanto nervioso.

—Debe haber una escalera en alguna parte…

Rodearon el casco, despacio. La humedad les penetraba hasta los huesos, y ambos querían creer que era debido a esa humedad, el frecuente escalofrío que les asaltaba.

—¡Ahí está!

Wells maniobró con pericia, colocando la barca al pie de la escalera que se balanceaba a estribor. Amarró un cabo a ella y ambos abandonaron su danzante chalupa subiendo rápidamente la escala, hasta una cubierta húmeda, resbaladiza y desierta.

Desde esa posición podían apreciarse mejor los estragos del abandono. No eran sólo los colgajos que se balanceaban en las vergas de los palos. En todo el buque había desaparecido la pintura, y algunos maderos carcomidos habían acabado por astillarse. Había grietas y roturas en cuanto alcanzaba la vista.

Grant comentó:

—Parece abandonado desde cien años atrás… Da escalofríos, a pesar de todo; ¿no le parece, doctor?

—Eso es decir poco. Jamás pasó por mi imaginación poner el pie en este maldito barco. Cuando oía hablar de él pensaba que las gentes veían visiones. Después, en una sola ocasión, subí al acantilado y llegué a tiempo de verlo esfumarse entre la niebla, más allá de los rompientes. Pero incluso entonces no estuve muy seguro de haber visto realmente nada misterioso.

—¿Y ahora…?

—Ahora no me sorprendería que me castañeteasen los dientes. Este silencio, este abandono… ¿Cómo puede navegar un buque podrido, sin nadie que lo gobierne?

—Bueno, aún nos falta comprobar si hay alguien, o no, a bordo. ¿Por dónde empezamos?

—Tanto da… ¿Esa escotilla rota?

—Adelante.

Se deslizaron por la arruinada escotilla. Unos peldaños de madera crujieron bajo sus pies. Poco antes de llegar al final de ellos, uno se rompió y Grant estuvo a punto de caer de bruces.

Encontraron varios camarotes que revisaron uno a uno.

Todo era desolación y abandono. La humedad salobre del mar había corrompido hasta los muebles.

Prosiguiendo con su exploración, llegaron al camarote que debió pertenecer al capitán del navío. En una percha colgaba aún una gorra

galoneada, que al tocarla se desintegró entre las manos de Grant.

Vieron también distintas cartas de navegación, bastante imprecisas. Luego, al revisar un cajón de la mesa, el doctor exclamó:

—¡Aquí está, Grant!

—¿Que ha encontrado, doctor?

—El cuaderno de bitácora. Tal vez nos aclare este misterio…

El libro estaba en muy malas condiciones. La humedad había emborronado la tinta, en la inmensa mayoría de las páginas, que resultaban ilegibles. Sólo algún que otro párrafo podía descifrarse con cierta facilidad.

—¡Escuche eso! —Casi gritó Wells—. Es una anotación del capitán… Dice así:

> HOY HAN FALLECIDO LOS MARINEROS DE SEGUNDA SLIM, GEE Y DUSTY DE LA MISMA EXTRAÑA ENFERMEDAD QUE ESTÁ DIEZMANDO A LA TRIPULACIÓN. SUS COMPAÑEROS ATRIBUYEN LAS MUERTES OCURRIDAS EN ESTE VIAJE A ALGÚN MALEFICIO DEBIDO A LA CARGA QUE TRANSPORTAMOS. POR LO DEMÁS, NADA DE…

—Siga.

—Está emborronado. No hay más durante tres páginas, completamente ilegibles. Pero en la cuarta dice que durante la noche han perecido los dos últimos marineros, y que ya sólo quedan el contramaestre, el cocinero, el segundo oficial y el capitán. Y que tratan de llegar a cualquier puerto antes de que la muerte les sorprenda también a silos.

—Usted es médico, Wells. ¿A qué atribuye tantas muertes, y tan seguidas, en tan poco espacio de tiempo?

—Cualquiera sabe. Había frecuentes epidemias en los barcos de aquella época. Aunque nada se dice de los síntomas que precedieron a la muerte.

—¿Hay algo más?

—Debió haber más, pero la humedad ha corrido la tinta y no es posible leer ni una palabra.

—Los marineros atribuían las muertes a un maleficio de la carga que transportaban. Quizá dando un vistazo a la bodega aclaremos qué querían decir con eso.

Localizar la bodega no fue difícil. Estaba en penumbra y reinaba un olor dulzón y nauseabundo allá abajo, había bultos que el tiempo había convertido en polvo y cajas de madera que se habían desmoronado y ya no eran otra cosa que podridos restos que se desmenuzaban al tocarlos.

Wells encendió una cerilla, levantándola por encima de su cabeza.

A su incierta luz los vieron.

Aunque no eran más que restos podridos, la forma de las tablas que quedaban y el desmenuzado acolchado de su interior no dejaban lugar a

dudas. Aquello habían sido ataúdes de maderas finas, sólidos y con costosas tallas que ni el tiempo había logrado destruir del todo.

—Bueno, Grant, vayamos a donde vayamos, tropezamos con ataúdes… aunque éstos estén en muy diferente estado de los que vimos en el castillo.

Nick estaba inclinado sobre uno de ellos.

—No hay rastros de los cadáveres que debieron contener —refunfuñó, irguiéndose—. Por lo menos, éstos son ataúdes corrientes a pesar de la riqueza de sus tallas; no de cristal, o algo parecido, como los otros.

—Sigamos buscando. Alguien debe gobernar este buque para que pueda entrar y salir de la bahía a su antojo.

—¿Piensa quizá que lo gobiernan los ocupantes de los ataúdes?

—A estas alturas, Grant, no me sorprendería, de veras.

Con una mueca siguieron adelante en su revisión detallada de la misteriosa nave.

Cuando llegaron a la sentina de proa descubrieron la conexión entre el buque y el castillo. Por lo menos, el nexo que podía unirlos a través del tiempo y de la distancia.

Los tres sarcófagos eran idénticos a los que ya vieran en el castillo. Transparentes, con un rico acolchado interior y de unas dimensiones muy superiores a los que suelen utilizarse para los enterramientos.

Los contemplaron, asombrados, sobrecogidos por un oscuro temor.

—Bueno, Grant, ahora ya tenemos algo más de que preocupamos. Este buque "está desierto, no hay ser viviente alguno en él, y sin embargo navega. Y por ende, aquí están estos sarcófagos, o lo que quiera que sean.

—No comprendo nada, ésta es la verdad. Empiezo a creer que los naturales de estos contornos se quedan cortos en sus supersticiones.

—No sé… Tengo la sensación de que algo nos ha pasado por alto… algo en lo que debimos fijamos mejor…

—Eso es fácil de captar. Pase mentalmente revista a todo lo que hemos visto desde que subimos a bordo, doctor.

—Eso estoy haciendo… No sé, es tan sólo una impresión.

—Que nos haya llamado la atención, sólo hay el libro de bitácora y los ataúdes casi convertidos en polvo.

—Los ataúdes… ¡Maldita sea, ya lo tengo! Usted acaba de decirlo.

—¿Qué?

—Casi convertidos en polvo. Pulverizados… a la luz de la cerilla parecía realmente… ¡Vamos a verlos otra vez, Grant!

Casi echó a correr hacia la bodega. Nick hubo de apresurarse para seguirle de cerca.

Sólo que en esta ocasión, el doctor fue más previsor. Entró en el camarote del capitón y atrapó un farol de petróleo que colgaba del techo. Comprobó que aún quedaban restos de la mecha y con las mismas prisas descendieron de nuevo a la bodega.

Conseguir que ardiera la mecha del farol resultó casi imposible, pero al fin

empezó a humear y un leve resplandor que fue intensificándose coronó los esfuerzos de Wells.

—Veamos ahora…

Se arrodilló en el suelo. Nick le vio remover los restos del polvo, los pedazos de madera carcomida, los jirones negros del relleno acolchado que debieron contener.

Wells se incorporó al fin. Estaba pálido y tendiendo la mano hacia Grant, dijo:

—Eche un vistazo a lo que creemos polvo, Grant. Había demasiado para que fuera lo que pensamos. No es polvo, amigo mío. ¡Es tierra!

—¿Tierra? Aún lo comprendo menos… ¿Ataúdes llenos de tierra?

—Exactamente. ¿No le sugiere nada ese siniestro cargamento?

—La verdad es que no.

—Piénsalo. Forzosamente debe haber oído hablar de eso.

Una mirada de absoluto asombro apareció en los ojos grises de Nick Grant.

—¿Quiere decir qué…? ¡Oh, no, doctor! No me diga que piensa, realmente, en vampiros.

—¿Se le ocurre otra explicación? Los vampiros debían reposar en ataúdes llenos de tierra de Transilvania. Exactamente de un monte determinado, cercano a la frontera.

—Los vampiros son una creación literaria y usted lo sabe.

—¿Lo sabe alguien, realmente? Quizá existieron o quizá no, pero se me ocurre que nadie se toma la molestia de cargar con ataúdes rellenos de tierra sólo por el gusto de mostrarse excéntrico. Además, el vampirismo puede existir en nuestros días, aunque bajo otras formas. En cierto modo, el ser humano tiene algo de vampiro, amigo mío.

—¿Es una teoría médica, o pura abstracción, doctor?

—Piénselo… Todos nos saciamos con algo perteneciente a los demás. Nos apoderamos de sus descubrimientos. Saciamos nuestros apetitos sexuales exigiendo la entrega de las mujeres, robándoles muchas veces sus energías, su propia voluntad. Nos alimentamos con carne de animales que sacrificamos para nuestras necesidades, cuando, en un principio, el hombre no fue creado para comer carne sino vegetales…

—Eso son elucubraciones más o menos filosóficas, doctor, pero…

—Grant, presiento que nos encontramos ante el mayor misterio que se haya dado nunca. Lo tenemos ante nuestros ojos, en nuestras manos. Si pudiéramos descifrarlo…

—No creo que logre descifrar nada si sigue enfocando la cuestión desde el vampirismo.

—Atienda, amigo mío. Tenemos algunos hechos a los qué aferramos… Por ejemplo, la serie de muertes que acabó con la tripulación de este buque. Los marinos morían de repente, durante la noche. Comenzaron a recelar del cargamento… de los ataúdes. Los marinos siempre fueron gentes supersticiosas, y llevar en su barco tres ataúdes, con sus Correspondientes

cadáveres, debió llenarles de temor.

—Aun así…

—Hay algo indiscutible, Grant. Y es este barco— ¿Cómo navega? Y cómo puede haberse mantenido a flote hasta ahora, ¿no es también otro misterio? Y el hecho de que aparezca con cierta regularidad en este mismo paraje, ¿no indica también una voluntad, una fuerza que lo guía?

—Vayamos por partes, doctor.

—Espere… Supongamos que esos vampiros existen. Le digo que lo supongamos por el momento —añadió, al ver el gesto de irritación de su amigo—. Si existen, no cabe duda que han sufrido un proceso de transformación, porque sólo podían moverse de noche según las viejas creencias. Durante el día estaban indefensos en sus lechos de tierra, en sus ataúdes. Aunque no completamente indefensos. Poseían su gran poder mental, el poder que hacía que sus víctimas desearan ser poseídas por el vampiro. Una sugestión terrible, pero que al mismo tiempo se convertía en su punto vulnerable. ¿Qué ocurriría, amigo mío, si un vampiro se tropezara con alguien que tuviera una voluntad superior a la suya, una fuerza mental más poderosa que la generada por su cerebro? Sería destruido, a mí modo de ver; sería vencido. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Creo que sí.

—En resumen, la cosa es sencilla. Un vampiro no puede apoderarse de su víctima a menos que ésta se rinda a él, lo desee con la misma intensidad que él está deseando absorber su vida.

—De acuerdo, pero ya que estamos en plenas suposiciones, ¿qué cree usted que puede haber transformado a esos vampiros? Ahora es de día y no están en sus ataúdes, y éstos están hechos pedazos, podridos por el tiempo. En cambio, tenemos otros sarcófagos de cristal mucho más confortables, pero también vacíos. Y eso durante el día…

—Esa parte del misterio es la que aún me intriga más.

—A mí me…

Se interrumpió con una seca exclamación. Bajo sus pies, el buque se había estremecido. ¡Estaba moviéndose!

—¡Se dispone a zarpar! —exclamó.

Los dos echaron a correr hacia cubierta.

El buque negro estaba girando, lento, majestuoso, para dirigir la proa hacia la salida de la balda.

A saltos se acercaron a LA escala. Justo cuando acababan de saltar dentro de su pequeña chalupa, el buque se detuvo de nuevo, ya con la proa enfilada al mar abierto.

Eso les hizo vacilar.'

—¿Quién lo ha movido, Grant? —Balbuceó Wells—. No hay nadie a bordo. Ni un sólo tripulante. Ni el viento puede hinchar esos harapos que cuelgan de los palos…

—¿Qué hacemos?

El médico titubeó. Faltaba aún una hora para que anocheciera, aunque la niebla precipitaba las sombras mucho antes.

—Quisiera dar otra mirada a esos sarcófagos transparentes. ¿Se atreve a subir otra vez?

Nick suspiró.

—Mientras no tengamos que regresar a tierra nadando…

Se encaramaron rápidamente hasta cubierta. Ahora conocían ya la disposición interior del barco, de modo que, en un minuto, llegaron a la sentina de proa.

Wells se acercó a los sarcófagos. Junto al más cercano a la entrada se detuvo y apoyó la mano en el mullido acolchado.

Se quedó inmóvil, como paralizado. Las puntas de sus dedos acariciaban el extraño terciopelo.

Luego, apartándose, dijo:

—Ponga usted la palma de la mano aquí, Grant.

Nick suspiró, impaciente, pero hizo lo que se le pedía.

Sus dedos tocaron la sensual suavidad del terciopelo. Instantáneamente le pareció experimentar un renacido bienestar, como si sus dedos absorbieran una vital energía.

—Es extraño…

—¿Lo nota usted?

—Sí.

—Ahora podemos irnos.

—¿Por qué tanta prisa?

—Porque no quiero estar aquí cuando llegue la noche, y porque tengo el presentimiento de que si ese buque inicia la marcha fuera de la bahía, nunca saldremos de él.

Casi a regañadientes, Grant le siguió.

Empezaron a remar con energía. Las sombras les sorprendieron lejos del puerto aún, de modo que cuando atracaron era noche cerrada.

Nick gruñó:

—Pasaré la noche en la posada, doctor. Es demasiado tarde para dirigirme a casa de los Simpson. ¿Le veré a usted por la mañana?

—Sin ninguna duda, Grant.

—Usted tiene alguna idea entre ceja y ceja.

—No es siquiera una idea.

Y se fue precipitadamente.

CAPITULO VII

Llevaba tiempo acostado, sin poder conciliar el sueño. Las experiencias vividas en ese día inolvidable turbaban su mente impidiéndole dormir a pesar del sueño que vencía sus párpados.

Lo más sorprendente de todo aquello, era la poderosa agitación que le provocaba el recuerdo de la cara apenas vislumbrada en aquella oscura ventana del castillo. Aquellos ojos, aquella boca que parecía llamarle con el poder de un hechizo…

Sin darse cuenta quedó dormido al fin, pero siguió soñando con el extraño misterio, aunque ahora con las sensaciones diluidas en una extraña lejanía que desdibujaba los contornos de cuanto desfilaba por su subconsciente.

De esa lejanía, primero como una leve, sombra, después con más claridad, surgió la visión.

Era la mujer del rostro bellísimo. Aquel sueño hecho realidad, convertido en carne y sangre, en hermosos senos que palpitaban de vida, en largas piernas de fino contorno y en muslos blancos y firmes que parecían reflejar la luz de ese extraño mundo de sueño y quimera.

Le invadió una profunda sensación de relajamiento, como si contemplar a aquella exquisita mujer desnuda fuera la cima de todos sus anhelos.

Ella se detuvo junto a la cama. Parecía flotar en la dulce bruma de su sueño, y no obstante era real, tenía volumen y casi podía percibir el ritmo firme y pausado de su corazón.

Entonces, mientras estaba mirándola, le sonrió. Fue una sonrisa cálida, acogedora, como ninguna otra mujer había sonreído jamás en la tierra desde que esta fuera creada.

Le invadió un éxtasis que era delicia y era dolor a un tiempo. El salvaje deseo que ya experimentara estando despierto brotó de nuevo en cada fibra de su cuerpo, desbordándose como una ola que rompiera todos los diques.

Ella se inclinó, poco a poco, sobre él, aun de pie al lado de la cama.

La veía tan cerca que el deseo le hacía daño. Y, sin embargo, la delicia de su proximidad convertía el daño en placer, como si gozara de ella por anticipado.

Ella seguía sonriendo cuando se tendió a su lado. Extendía sus largas piernas con voluptuosidad, y luego daba la vuelta apoyándose en un codo para mirarle con la profundidad hipnótica de sus ojos maravillosos.

El sueño se hacía realidad. Le parecía como si su personalidad se hubiese desdoblado. Como si pudiera contemplar la escena desde otra dimensión y viera su propio YO actuando con la pasividad perezosa de un sueño quimérico lleno de voluptuosidad.

Fila soltó uno a uno los botones de su pijama hasta que sus dedos acariciaron la piel de su pecho. Los dedos eran fríos como el hielo, y, sin embargo, le producían una extraña sensación de calor.

Un súbito endurecimiento de deseo le asaltó mientras aquellos dedos se deslizaban, lentos, por todo su cuerpo, y ella se inclinaba cada vez más sobre él. Intentaba abrazarla, pero sus brazos permanecían inmóviles, no obedecían al mandato de su cerebro exaltado.

Luego ella apoyaba los labios sobre su boca. Si era sólo un sueño, entonces estaba alcanzando una sensación de realidad como jamás antes pensara que pudiera lograrse. Alcanzaba un placer físico de tal intensidad que casi le asustaba, porque después de esa increíble delicia sólo podía existir ya la muerte.

La sentía acariciante en cada fibra de su cuerpo. Y cuando la poseyó, aquella boca que le entregaba a raudales el placer en oleadas se volvió dura, y de pronto el éxtasis le turbó y no supo en qué dimensión, en qué estrato de la vida, había tocado con la manos ese jirón del Más Allá, esa sublime cima donde todo era posible y donde el placer se volvía dolor y las dulces rumas azules y rosadas se desvanecían en las negras sombras de un abismo profundo como ningún otro…

Entonces le pareció que, a través de aquella boca dura y húmeda, estaba fluyendo su propia vida. Como si un torbellino de energía vital le arrebatara las fuerzas, el calor, hasta la propia vida, y todo ello fluyendo hacia ella como un río desbordado fluye hacia el mar.

Era todo muy confuso, pero sin ninguna duda estaba desvaneciéndose, como si se abandonara en beneficio de ella, como si le entregara toda su energía vital a través de su boca posesiva.

Intentó recordar algo, pero su mente estaba abotargada por el placer, el agotamiento creciente, el leve dolor que palpitaba en cada partícula de sus nervios. Pero era preciso pensar, recordar lo que dijera el doctor… aunque resultaba difícil… extrañamente difícil…

Se sentía morir, y eso también era placer, y era éxtasis. Y deseaba morir en ese torbellino que giraba en un pozo más negro cada vez. Lo deseaba…

Y, de pronto, recordó. Fue como si el doctor Wells estuviera a su lado y pronunciara las palabras otra vez, y supo con espanto lo que le esperaba…

Luchó por recobrar el dominio. Por pensar de nuevo con su propio cerebro, echando mano de cuanta voluntad pudo reunir.

Ese cambio hizo que aquella boca ya no fuera cálida, sino helada y exigente. Ella advertía la resistencia de él y la energía ya no fluyó, mientras el terrible torbellino cesaba y ya no había ni placer ni éxtasis, sólo el horror y su renacida voluntad de vivir.

Ella aún luchó por seguir absorbiendo su energía vital. Pero ahora él estaba completamente consciente, aunque no hubiera podido decir si seguía dormido o había despertado ya.

Todo su cuerpo estaba tenso como un cable cuando abrió los ojos a la oscuridad de la habitación. Tanteó a su lado, pero estaba solo en la cama.

Un sueño. Un maldito sueño.

Encendió la luz y prendió fuego a un cigarrillo para calmar su alborotado

corazón y recobrar la lucidez. Se sentía extrañamente débil y laxo.

Entonces descubrió que todos los botones de su pijama habían sido soltados y que, por lo menos, el sublime placer experimentado no había sido una quimera.

Recordó las afirmaciones del doctor. Ningún ser humano puede ser vencido por un vampiro si se resiste tenazmente a él, si no desea rendirse a su voluntad dominadora…

Pero, entonces, ¿qué clase de vampiros eran ésos?

Se abrochó el pijama. Estaba temblando.

La luz del alba le sorprendió despierto, había consumido todos los cigarrillos y aún notaba la debilidad que estuvo a punto de vencerle.

Pero también recordaba el placer, y eso le turbaba porque sabía que nunca, en este mundo, volvería a experimentar aquella delicia que había sido cima y abismo, placer y dolor…

CAPITULO VIII

Mientras caminaban hacia el castillo, el doctor Wells gruñó:

—¿No llegó a tocarla usted con sus manos?

—No sé… creo que no.

Le había contado su extraña experiencia de la noche. Le había hablado de aquel abandono y de la pérdida de voluntad, y de cómo le pareció que toda la energía de su cuerpo le estuvo siendo arrebatada.

—¿No intentó apartarle usted? Recuerde, Grant, es importante.

—Sé que hubo un momento que quise abrazarla y no pude. Después todo es confuso en mi memoria. Quisiera hallar palabras suficientes para que usted comprendiera lo que experimenté, el terrible éxtasis más allá del cual ya no había nada.

—Le comprendo, Grant. Y creo que está vivo de milagro, gracias a su firme poder de concentración, a su voluntad férrea entrenada en la disciplina militar. Otro cualquiera en su lugar, incluso yo mismo, habría muerto.

—¿Quiere decir que conoce usted la explicación a ese extraño fenómeno?

—Desgraciadamente, sólo creo conocer los resultados. Recuerde a la sobrina de sir Simpson, y a las otras víctimas de esa misteriosa muerte.

Nick asintió. No comprendía muy bien lo que Wells quería decir, pero estaba convencido de que estaba en lo cierto.

Desde la explanada del castillo contemplaron la brumosa bahía. Estaba desierta, sin el menor rastro del Buque Negro.

—Se ha ido —musitó Nick, estremeciéndose.

—No obstante, usted y yo sabemos a ciencia cierta que estuvo ahí.

—Veamos si también en lo concerniente al castillo ha acertado usted en sus sospechas, doctor.

Abrió la poterna de hierro. Un soplo frío le envolvió al penetrar en la densa penumbra.

—Dudo que llegue a habitar usted nunca este mausoleo, Grant —comentó el doctor, mientras se internaban por las polvorientas estancias.

—No sé… he de pensarlo, pero si consigo gente para adecentarlo, ¿por qué no he de vivir aquí?

—Porque va a necesitar servidumbre, y me parece a mí que eso le será prácticamente imposible conseguirlo.

Grant se detuvo antes de entrar en la galería de los retratos.

—Escuche, doctor… Desde aquí se oye perfectamente el batir de las olas contra el acantilado.

—Y el zumbido del viento, ciertamente. Veamos ahí dentro.

Atravesaron la puerta de la larga estancia.

Fue como si se hubieran sumergido en una campana insonorizada. Una quietud absoluta les envolvió, un silencio espeso.

—Y no he cerrado la puerta —murmuró Nick, asombrado una vez más.

La penumbra volvía borrosos los retratos de personajes sombríos y desconocidos. Wells contempló los más próximos y comentó, no sin cierta ironía:

—No me sorprende que el bueno de Parkins viera visiones… que tal vez no lo fueron. El hombre estaba tremendamente impresionado.

—Debió traerlo con usted, doctor.

—Fui a buscarlo, pero no respondió. Quizá había salido, o quizá no quiso vivir una segunda experiencia como la primera.

Avanzaron al fin hacia el otro extremo.

Tumbado al pie de los escalones, el cuerpo del condestable Parkins parecía un montón de ropa sucia.

Grant contuvo una exclamación, mientras el doctor Wells se precipitaba hacia el hombre derribado.

—¡Está muerto! —exclamó—. Como los otros… fíjese, Grant.

Nick se inclinó. Parkins no sólo parecía haber envejecido de un modo atroz, sino que hasta daba la impresión de haber adelgazado de tal modo, que las ropas parecían cortadas en dos o tres tallas mayores.

Se echó atrás, afectado. Wells gruñó:

—Tiene los labios como tumefactos, amoratados…

—¿Piensa usted…?

—No pienso ahora, Grant. Siento demasiado dolor y demasiada ira para hacerlo. Parkins era una buena persona…

—Pero ¿cómo entró? Me entregó la llave de la poterna ayer. Y la hemos encontrado cerrada, doctor…

—Eso importa poco ahora, amigo mío. Lo importante es la manera como ha muerto… cómo le han arrebatado la vida. Debí suponer que no podría resistir lo que dijo haber visto. Una mujer desnuda, tan gloriosamente bella, como la que describió, debió causarle un impacto terrible, a él, solterón y tímido. Volvió atraído por ella… llamado por ella.

—¿La misma que estuvo en mi cuarto, anoche?

—Pudiera ser. O quizá se trata de otra, no sabemos nada de esos seres, ni cuántos son. Hay tres sarcófagos. Puede haber tres mujeres, o algún hombre también, porque quien fuere que asesinó a Martha Simpson lo hizo reduciéndola por medio de esa extraña seducción sexual, de modo que debió tratarse de un hombre.

—Claro. Pero ¿dónde están, dónde se ocultan? No estaban en el barco, ayer. Ni arriba, en sus lechos infernales.

—Tal vez lo averigüemos hoy…

Subieron las escaleras apresuradamente, olvidado todo temor por el caudal de cólera que les dominaba.

Arriba, la puerta volvía a estar sólidamente cerrada.

—Bueno, eso indica que por lo menos estuvieron aquí… Pero esta vez vine preparado.

Wells sacó un manojo de ganzúas y explicó:

—Se las he pedido al cerrajero local. El pobre hombre debe estar devanándose los sesos a estas horas… ¿Para qué quiere un juego de ganzúas un médico?

—Apresúrese.

—Antes veamos si hay la llave al otro lado.

Se agachó, atisbando por la cerradura.

—Ahí está, insertada por dentro. Bueno.

Hurgó con una ganzúa hasta conseguir que la llave cayera al suelo. Tras esto, volvió a aplicar el ojo a la a la cerradura.

No pudo contener una exclamación.

—¡Están ahí, Grant!

—¿Qué?

—Hay algo en los sarcófagos. O algo…

—¡Abra esa maldita puerta!

Lo intentó. Realizó tremendos esfuerzos y probó todas las ganzúas, pero la cerradura no cedió.

Se miraron perplejos.

—Inviolable —masculló el médico—. ¿Recuerda con cuanta facilidad se «abrió ayer?

—Seguro que sí. Pruebe otra vez.

—Es inútil… Creo que no se trata de las ganzúas, sino del poder de esos seres. Ellos la mantienen cerrada.

—Pero ¿quiénes son? o qué son. ¿Por qué eligieron este lugar para quedarse, y qué significan las visitas periódicas de ese arruinado buque negro?

—Son demasiadas preguntas a la vez, y para las que no tengo respuesta. Sin embargo, yo también tengo una pregunta que no tiene respuesta… Hasta ahora, he acertado en mis sospechas de que se trataba de vampiros, tanto los que acabaron con la tripulación del buque, como los que se ocultan aquí. Todo lo que hemos averiguado, todas las reacciones de esos seres, son típicas de los vampiros. Pero no chupan la sangre de sus víctimas, no les producen ni un rasguño. Bueno, ¿por qué, qué clase de vampiros es ésta, Grant?

—Maldito si lo sé. Voy a abrir esta puerta, doctor. Apártese.

Asombrado, el médico le vio sacar de entre las ropas un enorme revólver militar. Apuntó resueltamente a la cerradura y disparó.

Semejó un cañonazo. Y sin embargo, no les ensordeció, debido a que resonó apagado, bronco.

Hizo otro disparo y luego probó la puerta. La cerradura pendía materialmente al otro lado. No obstante, la puerta siguió cerrada igual que antes.

—¡Condenación! ¿Se fijó usted si había cerrojos al otro lado, además de la cerradura?

Wells sacudió la cabeza.

—No los había, Grant.

—Así que hemos de deducir que no quieren que nadie turbe su sueño…

El médico volvió a espiar por la cerradura.

—El túmulo más cercano a la puerta está ocupado por una forma oscura, aunque hay poca luz para ver los detalles.

—Me gustaría saber por qué diablo necesitan dormir en sarcófagos. Y de cristal, por añadidura.

Wells se incorporó.

—Esa pregunta quizá pueda responderla yo… aunque me baso únicamente en teorías. Si recuerda lo que sintió cuando apoyó la mano en esa cosa parecida a terciopelo, dentro de las paredes de cristal, se dará cuenta de que usted absorbió energía. En cantidad débil, escasa, pero fue lo que pasó a través de sus dedos. Pienso que ese material de que están construidos los ataúdes es de una clase que almacena energía… energía suficiente como reserva para que ellos puedan vivir cierto tiempo.

—Ya veo…

—Le repito que son sólo suposiciones. Pero eso no es cristal, lo comprobamos ayer. Y el terciopelo tampoco es lo que parece, sino una materia mucho más firme.

—Pero si necesitan energía vital para vivir, y…

Se interrumpió de pronto, asombrado.

—Eso es —remachó el doctor—. Absorben la energía de los seres humanos hasta matarlos. Hasta vaciar sus cuerpos de fuerza y juventud. Eso explica el proceso de envejecimiento de los cadáveres.

—Si esto es así, doctor, no nos enfrentamos a simples vampiros tradicionales, para llamarlos de alguna manera.

—Los vampiros de que habla deben tener algún papel en este drama, Grant. Recuerde los ataúdes que estuvieron llenos de tierra. Ellos diezmaron la tripulación del buque negro.

—Cada vez estoy más confundido. ¡Maldita puerta!

Enfurecido, bajó el cañón del pesado revólver y disparó dos veces más contra la rota cerradura. Saltaron pedazos de madera y la cerradura se desprendió de la puerta, cayendo al otro lado y dejando un gran boquete. Pero no pudieron abrir la puerta.

Wells iba a agacharse para mirar, entonces, con más ángulo de visión, cuando allá dentro sonó como un largo suspiro. Fue un sonido que ninguno de los dos había oído nunca. Mezcla de voz humana y de fuerza de la naturaleza.

Se miraron, perplejos.

Y en aquel instante la puerta se abrió sin un chirrido, y algo semejante a un remolino etéreo, grisáceo, flotó entre los dos y desapareció rápidamente escaleras abajo.

De un salto, Nick impidió que la puerta volviera a cerrarse. Una fuerza colosal la empujaba, casi derribándole.

—¡Ayúdeme, doctor! —jadeó.

Los dos hombres lograron mantenerla abierta. Wells cerró los ojos,

concentrándose en empujar la pesada madera. Grant rechinaba los dientes y todos sus poderosos músculos trabajaban salvajemente con el mismo propósito.

De pronto, la puerta cedió. Fue como si de repente alguien hubiera quitado el impedimento y la puerta quedara libre. Los dos hombres trastabillaron dentro de la estancia.

Luego miraron a los sarcófagos.

El más cercano a la puerta estaba vacío.

Los otros dos, estaban ocupados por dos mujeres desnudas, increíblemente bellas.

Jadeando, con un frío de muerte en la médula, Nick señaló a una de ellas.

—Esta es, doctor… la que vi anoche… la que estuvo en mi propia cama.

Wells contuvo el aliento. No había podido imaginar que existiera tal belleza en este mundo.

Las dos parecían dulcemente dormidas. Tenían los ojos cerrados y los labios entreabiertos, tersos y rojos.

Pero no respiraban. Sus hermosos senos estaban inmóviles, sin acusar la menor aspiración de aire.

Grant masculló:

—Antes había alguien en ese otro ataúd… una forma más oscura…

—Sí.

—Entonces, ¿cómo ha salido, envuelto en aquella extraña espiral flotante?

—Amigo mío, estamos ante un misterio mucho más colosal de lo que pudimos imaginar en todos los días de nuestra vida. No me sorprendería nada que el hombre, si lo era aquello, fuera, única y exclusivamente, la luz flotante…

* * *

Alice Simpson tiró de las bridas, casi encabritando al caballo ante la gran explanada del castillo.

Miró en torno suyo, sobrecogida. Sólo había cabalgado por esos parajes una vez, hacía ya mucho tiempo, y apenas recordaba el sombrío aspecto del castillo y de sus silenciosos alrededores.

Miró hacia el acantilado, allí donde surgían jirones de niebla que el viento diluía despejando la visión. Se estremeció al recordar que Nick Grant y el doctor habían corrido hacia esa cala para examinar el misterioso buque negro del que la gente hablaba con terror.

Entonces vio al otro extremo de la explanada aquella puerta abierta en el portón principal. Debían estar dentro.

Picó espuelas, pero el caballo corveteó negándose a avanzar.

—¿Qué te pasa ahora? No estás cansado esta mañana; apenas si galopaste un cuarto de milla.

Insistió. El animal retrocedió en lugar de avanzar, sacudiendo la cabeza de

un lado a otro como si quisiera librarse del freno que le retenía, evitando que se encabritara.

Alice suspiró.

—Está bien, no quieres seguir, ¿eh?

Descabalgó ágilmente. Buscó con la mirada un lugar donde atar al animal, y en aquel instante el caballo dio un salto atrás, librándose de ella y casi derribándola. Al momento emprendió un veloz galope camino abajo, volando materialmente a riesgo de quebrarse las patas.

Estupefacta, Alice dio unos pasos para seguirle con la mirada. Le vio desaparecer en un minuto más allá de los árboles.

No comprendía aquello. El caballo era su preferido y jamás había hecho una cosa semejante.

Bien, llegaría a pie. No había más allá de cien yardas, así que echó a andar.

Y entonces lo vio.

Era una figura oscura parada al lado de la poterna.

Alta, vestida de negro; la sorprendió porque el tipo no correspondía ni a Nick Grant ni al doctor.

Le pareció que se envolvía en una capa, y sobre la cabeza sostenía un sombrero que parecía demasiado grande.

Intrigada, caminó hacia él. No podía distinguir sus facciones, todavía, a causa de la sombra del ala del sombrero.

Notó, eso sí, una extraña inquietud. El hombre estaba demasiado inmóvil. Sin embargo, sabía que Grant y el doctor estaban en el castillo, así que prosiguió adelante hasta que de pronto pudo descubrir el rostro del personaje de negro.

Era un rostro pálido, afilado, de ojos brillantes como chispas de luz. Esos ojos se clavaron en ella con fijeza impertinente.

Alice hubiera reprochado ese modo de mirar, incluso en sus mejores amigos. No obstante, se sorprendió al advertir que no sentía la menor indignación. Al contrario, le gustaba.

El levantó la cabeza entonces. Sus labios la saludaron con una sonrisa extraña y cautivadora.

Al instante, Alice experimentó la delicia del deseo. Era natural que deseara a un hombre tan apuesto, tan varonil… Un deseo que era placer con sólo corresponder a su sonrisa dulce.

Paso a paso se aproximó a él. Aquellos ojos como llamas seguían fijos en ella, le recorrían el cuerpo como los dedos de un amante. Alice se sintió súbitamente desnuda ante aquella mirada.

El abrió los brazos para recibirla. Llevaba un anticuado traje negro pasado de moda, si es que alguna vez estuvo de moda una antigualla semejante. Le chocó, pero todo su cuerpo era recorrido por oleadas de deseo y lo olvidó pronto.

En realidad olvidó todo lo que no fuera aquel deseo, aquella súbita ansia de experimentar el placer total y absoluto, lo que siempre había estado vedado a

una mujer de su clase, a menos de pasar antes por la vicaría…

Todo eso pertenecía a otro mundo, a otra esfera. La realidad estaba allí, ansiosa como ella misma.

—¿Quién…? —balbució de pronto.

—Ven…

Fue hacia aquellos brazos tendidos, hacia aquella boca delgada que sonreía, hacia aquel cuerpo delgado y tenso que sólo con su proximidad provocaba vivos espasmos de lujuria en todas sus fibras.

Se sintió abrazada por él. La capa se cerró en torno a su cuerpo, y pareció como si alguien hubiera cerrado un sudario.

Al fin, la boca sonriente de él descendió sobre sus labios. Sintió un frío escalofriante en ellos, y luego una oleada de calor, de un fuego que penetraba poco a poco en su cuerpo sumergiéndola en el delirio del placer jamás imaginado…

Creyó que la envolvía un remolino de vitalidad. Todo su cuerpo era una masa receptora de la delicia experimentada por primera vez en su vida; una delicia que era placer y era delirio, sin recordar nada, concentrados todos sus sentidos a gozar de esa cima donde estallarla un raudal de goce sin límites…

Después sintió que sus piernas se aflojaban. Sentíase de pronto al borde del agotamiento mientras notaba como el fluir de la sangre en los labios, como si por ellos escapara su propia vida, hasta su cuerpo, en una entrega dulce que la desmayaba por instantes.

Abrió los ojos, quizá por última vez. Vio aquellas pupilas de fuego sobre ella, fijas, hipnóticas, malignas ahora como el infierno. Se apoderaban de ella… lo comprendía repentinamente, cuando ya era tarde, cuando ya le pertenecía….Pertenecía al hombre de los ojos de fuego…

No obstante, intentó desprenderse de él. No tuvo fuerzas para ello. Se hundía en un abismo negro, en una sima sin fondo…

Todo lo que consiguió por un instante fue despegar sus labios de aquella boca que la arrebataba.

Y gritó.

Un grito agudo, corto, que murió cuando él aplastó su boca contra la suya de nuevo con una ferocidad sin límites.

Alice cerró los ojos. No tenía miedo ahora. Tampoco sentía dolor. Era como una masa neutra flotando en una nube.

Y en aquel instante Nick Grant apareció en la poterna atraído por el grito.

El primer sentimiento de horror le paralizó un segundo. Después se arrojó contra aquella masa negra.

Lo atrapó por el cuello tirando hacia arriba. Lo levantó con sorprendente facilidad, pero apenas si advirtió esa anomalía. Descargó un salvaje trallazo con la otra mano contra la cara sonriente de aquel ser del infierno.

El puño se incrustó en ella. La figura negra rebotó contra el muro de piedra Y luego se desplomó.

—¡Voy a matarte, perro, seas quien seas! —barbotó Nick, fuera de sí.

Empuñó el gran revólver. Justo entonces, el doctor Wells salió disparado y le sujetó la mano armada.

—¡Espere! —chilló.

—Usted no vio lo que intentaba hacer…

—Sé lo que iba a hacer con Alice. ¿No voy a saberlo a estas alturas? Pero no dispare. Por lo menos, aún no…

Un débil grito de Alice les hizo girar en redondo.

La figura negra se disolvía en el aire. Sólo quedó un remolino grisáceo, como un soplo de viento, Y luego nada.

Nadie.

Rechinando los dientes, Nick levantó a la muchacha amparándola entre sus brazos. No necesitó palabras para saber lo que ella había experimentado: lo que aún seguía sintiendo en cierto modo, porque todo ello era lo mismo que él experimentara durante la noche. Ahora lo comprendía.

—Está semiinconsciente, doctor —jadeó.

Se le pasará. Afortunadamente ha llegado usted a tiempo.

—Si por lo menos me hubiese dejado disparar…

—¿Cree, realmente, que hubiera podido matar a ese ser?

—Tal vez no, pero algo hay que hacer para acabar con ellos, doctor.

—Deberíamos saber primero quiénes son, o qué son y qué poder les hace superiores a los seres humanos. Sabiendo eso podríamos imaginar algo capaz de destruirlos.

—¿Sugiere que vayamos de nuevo allá arriba y les preguntemos?

—No, pero sí hay algo que deseo que vea. Lo advertí al ver la cara de ese ser increíble.

Grant ayudó a Alice para que pudiera caminar apoyada en él. Entraron en el castillo y ella balbució:

—Fui a la posada… Estábamos inquietos porque usted no regresó anoche. Allí me dijeron que usted y el doctor se habían marchado temprano hacia el castillo y decidí venir…

—¿Y el caballo?

—Se volvió loco. Debió presentir la presencia de… de esa cosa.

Llegaron a la galería de los retratos. Wells se detuvo ante un gran lienzo y exclamó:

—¡Ahí lo tienen!

Alice no pudo contener un grito de terror.

Desde el lienzo parecía mirarla el hombre de los ojos de fuego.

Incrédulo, Grant se acercó al cuadro. Había una plaquita de metal con unas letras grabadas en el marco.

—Kran Szalasky, segundo conde de Szalasky. 1785-1830. Fue el padre del Szalasky que le vendió el castillo a mí familia, no me cabe duda.

—Si murió en 1830, ¿cómo es posible que le viésemos esta mañana?

—Puestos a hacer preguntas imposibles, ¿cómo pudo desvanecerse en el aire, convertido en el extraño remolino?

—No llegaremos a ninguna parte con preguntas y más preguntas. Es preciso llevar a Alice a lugar seguro y tratar de acabar con esos seres.

Nick se estremeció.

—¿De qué manera?

—Aún no lo sé.

Alice balbució:

—Quiero quedarme con ustedes… En ningún otro lugar me sentiría tan segura como bajo su amparo.

—Tonterías…

—Por Favor, Grant. Ya no tengo miedo. Creo que he superado esta fase. Sólo siento una gran curiosidad.

Nick miró al doctor. Este se encogió de hombros y Alice sonrió.

Había ganado.

CAPITULO IX

El doctor Wells dijo:

—Alejémonos de aquí. Esas cosas, sean lo que sean, poseen un enorme poder de penetración. Él supo que Alice se aproximaba al castillo desde su encierro en aquella habitación. Y ya sabemos que pueden dominar a una persona sólo con la fuerza de su mente, de modo que alejémonos un poco. Tengo una idea.

Echaron a andar camino abajo, hasta más allá de los árboles. Nick encendió un cigarrillo y recostándose en el tronco de un roble, dijo:

—Veamos su idea, doctor.

—Ponerla en práctica exigirá que usted corra un enorme riesgo, Grant.

—Hable. Después veré lo que decido.

Un tanto incómodo, el doctor gruñó:

—Ahora preferiría que Alice se hubiera ido al pueblo.

—¿Por qué, doctor? —inquirió la muchacha, intrigada.

—Por la naturaleza de lo que he de decirle a Grant.

—Bien, ya no soy una niña. Si algo de lo que hable hiere mi sensibilidad me apartaré.

—Incluso así… ¡Maldita sea! Quiero pedirle a Grant que acceda a hacer el amor con una de esas mujeres… con uno de esos monstruos.

Nick pegó un brinco. Alice se quedó mirando al médico como si pensara que tenían que habérselas con un demente.

Pero fue Nick quien materializó ese pensamiento.

—Usted ha perdido la razón, doctor.

—No me sorprendería lo más mínimo. ¿Quiere escucharme, sí o no?

—Adelante.

—Hemos comprobado que estos seres se valen de su hechizo sexual para dominar a sus víctimas. Su poderosa mente se adueña de la razón del ser humano que eligen y de este modo pueden absorberle la energía a través del placer. La energía vital que ellos necesitan, como los vampiros clásicos necesitaban la sangre de sus víctimas. ¿Estamos de acuerdo hasta aquí?

—Ciertamente. Hemos visto lo sucedido con Alice, y yo mismo lo experimenté anoche.

—Ahí quería llegar, amigo mío.

—Temo que no le comprendo.

—Usted lo experimentó anoche y sin embargo, vive. Eso nos lleva a una conclusión, y es que usted venció al monstruo de hermosa apariencia gracias a su mente, a su voluntad, a su autodisciplina.

—Quisiera estar seguro de eso.

—Me ha contado su experiencia. Para mí no caben dudas. Usted, Grant, posee una mente más poderosa que la de esos seres. Por lo menos, más que la de aquella mujer.

—Creo que veo a donde quiere Ir a parar.

—Ni más ni menos. Invierta los papeles. Apodérese usted de su mente y trate de averiguar quiénes son, de dónde proceden, como viven, qué relación tienen con el buque negro, y por qué necesitan reposar en esos extraños sarcófagos, aunque eso lo imagino. Los ataúdes preservan su energía durante cierto tiempo.

—Suponga usted que fracaso, que es ella quien logra dominarme…

—Yo no estaré lejos y me quedaré con su revólver.

—Es un pobre consuelo sabiendo el poder que tienen. No puede dispararse un tiro a un remolino de aire.

—Ese remolino no es simplemente aire, amigo mío. Ese remolino es el propio ser extraño: es su energía primaria a mí modo de ver.

Alice escuchaba estupefacta. No entendía nada de todo aquello, solamente se daba cuenta que Nick Grant se disponía a correr un riesgo mortal y una profunda angustia la dominaba.

Nick vaciló.

—No veo claro tampoco cómo puede uno hacer el amor con una mujer dormida o sumida en un trance.

Y si lo que está pidiéndome es que me introduzca dentro del sarcófago, olvídelo.

—Ahí reside la primera parte de mi plan. Usted comprobará si puede llegar hasta su cerebro ordenándole mentalmente que salga del sarcófago. Si le obedece, es casi seguro que puede conseguirlo, Grant.

—Démoslo por hecho. ¿Y después?

Wells frunció el ceño.

—¿Después?

—Cuando sepamos quiénes son, ¿qué sucederá?

—Quizá encontremos el modo de destruirlos.

Nick lo pensó largamente. Miró de soslayo a Alice para ver si había comprendido lo que en verdad encerraba el plan del doctor. Captó la chispeante mirada de la muchacha, llena de picardía, y supo que sí, que ella sabía lo que iba a suceder.

Eso acabó de desmoralizarle.

—Bueno, yo… este…

—Le repito que estaremos cerca de usted, Grant. De algún modo le ayudaré si se ve en apuros.

—¿Quiere decir que ella también…?

—A menos que prefiera quedarse sola aquí, deberá acompañarnos, aunque haré que aguarde en la galería de los retratos.

Alice dio un respingo.

—¡Esperen un momento! Si creen que voy a quedarme sola lejos de ustedes, déjenme decirles que…

Wells la interrumpió:

—No estará lejos. Sospecho que para nuestro amigo Grant incluso estará

demasiado cerca. ¿Qué decide?

Grant se encogió de hombros.

—Vamos allá, doctor, y que Dios nos asista.

Regresaron al castillo, Alice no pudo contener un grito al ver el cadáver del condestable, que continuaba al pie de las escaleras.

—Nos quedamos aquí —decidió el médico.

Grant vaciló.

—¿Y si ese tipo, o lo que sea, ha vuelto a cerrar la puerta?

—Concéntrese todo lo que pueda. Dirija toda su voluntad a través de la mente para abrirla. Si ellos pueden hacerlo usted también lo hará.

—Eso me parece una estupidez. Nadie puede abrir una puerta con sólo desearlo.

—Depende del poder de ese deseo mental. Buena suerte, Grant.

Este sacó el revólver y lo entregó al doctor. Con voz sombría dijo';

—Queda una sola bala, doctor, así que procure no fallar si dispara.

Luego miró a Alice, turbado e inquieto. Ella le sonrió.

Dijo suavemente:

—Si esa mujer es tan atractiva como era el hombre que yo conocí… Bueno, no debería significar ningún sacrificio para usted.

—¡Alice!

—Todo el mundo se empeña en tomarme por una niña tonta. Quizá el doctor debería decirle que ya soy una mujer desde hace años y que él lo ha comprobado en cada ocasión que ha debido visitarme…

—¡Cuernos, no se puede con usted!

Giró sobre los talones y se esfumó en la oscuridad de la escalera.

La puerta estaba cerrada otra vez. Probó a empujarla y no se movió ni un milímetro.

Se echó atrás. Concentró su mente en una sola dirección, a un sólo propósito: Abrir aquella puerta, empujarla furiosamente hasta arrancarla de sus goznes…

Sintió el sudor inundarle la frente. Casi experimentó dolor, tanta era su concentración. Sin embargo, la puerta no se movía.

Una furia salvaje le Invadió Cerró los ojos un instante. Todo se borró de su mente excepto aquel violento deseo de abrir la puerta.

De pronto sonó un crujido, y después un tremendo estrépito cuando la puerta saltó de sus goznes y fue a estrellarse contra el más próximo de los ataúdes. De allí rebotó al suelo sin dejar ni una señal en el brillante sarcófago, que ahora volvía a contener la siniestra figura del hombre.

Asustado, Grant avanzó con pasos inseguros. Contempló la madera desgarrada, allí donde los goznes habían saltado. Era increíble, aunque, de pronto, recordó ciertas historias atribuidas a los faquires de la India. ¿Cómo le llamaban los ingleses a aquello? Sí, eso era, sicosinesia. Toda una palabreja que apenas significaba nada fuera de algunos exaltados científicos.

Se detuvo al lado del ataúd donde reposaba la bellísima mujer que ya

conocía.

La recorrió con la mirada, incrédulo una vez más por tanta belleza. Los pequeños y agudos senos se proyectaban hacia arriba inmóviles, con las corolas rosadas cual si fueran de cera.

Todo el cuerpo era una filigrana maravillosa, espléndido en su perfección.

Grant la miró a la cara y se concentró como hiciera antes con la puerta.

Levántate. Despierta y sal de ese ataúd. Quiero que vengas a mí por tus propios pasos…

Formulaba un pensamiento tras otro, sin acordarse de las palabras. Las ideas fluían de su mente cada vez más fuertes, más poderosas, sin hallar ninguna resistencia. Tampoco obtenía ninguna respuesta.

Se apoyó sobre el borde del sarcófago, la mirada fija en los ojos cerrados de la mujer. El tiempo pareció detenerse, morir sin un suspiro, eternizándose después en ese salvaje esfuerzo mental que le agotaba y le enervaba por momentos.

Creyó incluso que la cabeza le zumbaba, como si tuviera una máquina dentro de ella que actuara por su propia cuenta.

Luego, bruscamente, ella abrió los ojos. Quedaron mirándose con fijeza un instante.

ÉL se irguió poco a poco. Temblaba

Ella empezó a alzarse. Sonreía de un modo sumiso, dulce.

El retrocedió paso a paso. La mujer pasó las desnudas piernas por encima del sarcófago y salió de él como si flotara.

Nick no apartaba las pupilas de aquellas otras que brillaban ahora como estrellas en la noche.

El tendió las manos, doliéndole la mente y el corazón, pero resuelto a llegar hasta el final.

La muchacha fue hacia él y dejó que la aprisionara entre sus brazos. De modo instintivo se adaptó a su cuerpo casi con violencia. Levantó la cara, abriendo los labios.

Solo quería saber. Sólo eso. Saber y después destruirlos.

Ella se puso súbitamente rígida. Quiso retroceder y él se vio obligado a un terrible esfuerzo de concentración para librarse del asalto brusco de la otra mente.

Abatió la cabeza hasta encontrar la boca palpitante de ella. Fue como sumergirse en un lago de aguas profundas. Ella subió los brazos enroscándolos en torno a su cuello. La boca parecía quemarle. Ella intentaba absorberle, apoderarse de su energía vital.

Luego, bruscamente, cuando él creía desfallecer, se rindió. Fue un cuerpo sumiso entre sus manos al tiempo que se dejaba deslizar al suelo arrastrándole con

Una vez más, Grant sintió la increíble delicia de ese placer extraño y poderoso que luchaba por dominarle. Ella quería qué se entregara… que fuera suyo al poseerla.

Era un feroz duelo de voluntades. Una esgrima mental destinada a destruir a uno de los dos.

También esta vez ganó. La sintió relajarse bajo él y sus brillantes ojos buscaron la mirada de Grant, y a éste se le antojaron los ojos de una gacela.

Notó cómo se debilitaba la fuerza mental que aún luchaba con la suya. Sintió como si esa rendición se transmitiera a todo el hermoso cuerpo, fluyendo después a él en oleadas que le hacían sentirse más fuerte a cada instante, más poderoso a medida que era él quien arrebataba energía a la muchacha. O quizá fuera que ésta SE LA transmitía VOLUNTARIAMENTE.

Entonces trató de formular la primera pregunta valiéndose de la mente. Fracasó en los primeros intentos. Las palabras se agolpaban en su boca, y no eran palabras lo que necesitaba.

También lo consiguió después de los primeros esfuerzos.

«¿Quiénes sois?»

«SERES DE UN MUNDO LEJANO.»

«¿Lejano?»

«SE LLAMA AKRON EN VUESTRO IDIOMA.»

«¿Es que hay vida en otros mundos?»

«SON MILLONES LOS MUNDOS HABITADOS. NO CON FORMAS DE VIDA SEMEJANTES UNOS A OTROS, PERO SON SERES VIVOS, COMO LO SOMOS NOSOTROS.»

El estupor estuvo a punto de hacerle perder el control.

Se dominó.

«¿Cuándo llegaste tú y tus amigos?»

«HACE TIEMPO DEMASIADO TIEMPO. NUESTRA MAQUINA SUFRIO DESPERFECTOS Y SE HUNDIO EN EL MAR. SOLO NOS SALVAMOS NOSOTROS TRES. ESO QUE LLAMAIS MAR HA RETRASADO NUESTROS TRABAJOS.»

«No te comprendo bien.»

«¡OH, NO IMPORTA! YA NADA IMPORTA AHORA PORQUE ERES MIO.»

El luchaba por retener ese insólito diálogo mental, un diálogo producido en el mayor silencio de este inundo. Pero ella no se daba cabal cuenta de la realidad, porque él no era suyo, sino al revés. ¿O no?

«¿Y el BUQUE NEGRO?»

«FUE NUESTRO PRIMER REFUGIO. ESTUDIAMOS AQUELLA COSA AL PRINCIPIO, NO HABIA NADIE A BORDO EXCEPTO TRES CAJAS NEGRAS CON HOMBRES DENTRO, DORMIDOS SOBRE UN LECHO DE TIERRA. TODO MUY EXTRAÑO. NOSOTROS ESTABAMOS DEBILITADOS, A PUNTO DE SER ARRASTRADOS POR VUESTRO VIENTO… NECESITABAMOS ENERGIAS Y PRONTO.»

«¿No te diste cuenta que al arrebatarnos las energías, nos matabas? En nuestro mundo eso es un crimen horrendo.»

«PERO NO ERA ASI. HABIAMOS VISITADO OTROS MUNDOS

VIVOS Y OBTENIDO ENERGIA DE SUS HABITANTES. SOLO SE DESPRENDIAN DE LA QUE LES SOBRABA, NO MORIAN. ESO EMPEZO AQUI.»

«¿De qué modo?»

«CREIAMOS CONSEGUIR ENERGIA DE AQUELLOS HOMBRES DORMIDOS EN CAJAS NEGRAS. AUN NO SABEMOS COMO SUCEDIO. ERAN SERES EXTRAÑOS Y NO PUDIMOS DESPRENDERNOS DE ELLOS A TIEMPO. NOSOTROS QUERIAMOS MÁS Y MÁS. MAS ENERGIA A MEDIDA QUE NOS RECOBRABAMOS. NUNCA ANTES FUE ASI, SOLO CON AQUELLOS PRIMEROS SERES DE ESTE MUNDO.»

«¿Y qué fue de ellos?»

«DESAPARECIERON. EXTRAÑO. MUY EXTRAÑO. ELLOS SE NEGARON A SEPARARSE DE NUESTRAS ANSIAS DE ENERGIA. ERA COMO SI ELLOS QUISIERAN ABSORBERNOS A NOSOTROS. NOS HICIERON DAÑO. LUEGO. DE PRONTO. YA NO ESTABAN ALLI. SOLO QUEDO LA TIERRA Y EL POLVO BLANCO.»

«Sigue.»

«TU… TU…»

Se retorció entre sus brazos, todo su cuerpo estremecido. La voluntad de Grant empezó a ceder. No hay ningún terror que pueda luchar contra ese delirio de los sentimientos, ese placer sobrenatural que parecía desgarrarle.

«Sigue. ¿Qué pasó después?»

Ella buceó un instante en su boca. Cerró los ojos y tardó casi un minuto en comunicarse de nuevo con él.

«INICIAMOS LA REPARACION DE NUESTRA MAQUINA. CASI IMPOSIBLE BAJO ESO QUE LLAMAIS MAR. PERDIMOS ENERGIAS DEMASIADO PRONTO Y ERA PRECISO ABANDONAR LA MAQUINA Y BUSCAR NUEVAS FUENTES. LLEVAMOS NUESTROS ACUMULADORES ENERGETICOS AQUÍ Y A BORDO DE ESE MADERO NEGRO. FUE ENTONCES CUANDO ROBAMOS ENERGIA HASTA MATAR. Y NOS PRODUCIA PLACER. COMO AHORA… COMO TU ME DAS— AHORA PORQUE ERES MIO.»

El comprendía ya, si es que podía comprender que existiera vida inteligente en tan lejanos mundos. Nadie aceptaría eso en la puritana y tradicional Inglaterra, colonizadora de medio mundo.

Pero ahí estaba la prueba.

Concentró todo su poder sobre ella. Sentía una honda repugnancia en lo más profundo de su alma, porque ahora sabía que estaba amando a una cosa que era pura nebulosa, a un ser sin sexo, sin otro horizonte que vivir.

Ella se desmadejó entre sus brazos. Jadeaba.

«TODO FUE MAL DESDE QUE AQUELLOS HOMBRES SE DESINTEGRARON… NI ADOPTANDO SU APARIENCIA, QUE NO PODEMOS CONTROLAR… CAMBIA A VECES… YO NO… NO SOY

ASI

Nick cerró los ojos. Su mente era un salvaje torbellino, una fuente de energía que parecía estallarle dentro del cráneo…

Inesperadamente ella se echó atrás, retorciéndose. Se deslizó fuera de sus manos, desvaneciéndose, como humo, como un jirón de niebla. Le pareció que en su mente resonaba un feroz grito de terror. Luego ella se desvaneció en el aire estancado de la estancia como si jamás hubiera existido.

Grant se dejó caer de bruces, exhausto.

Cuando levantó la cabeza, los dos sarcófagos estaban vacíos, igual que el primero.

Pero vio a Alice en la puerta, que le miraba con unos ojos que parecían brillar tanto como los de la quimera.

—¿Desde cuándo… estás ahí?

—Hace macho.

—Así que lo viste.

—Sí, Nick. Ven.

Fue hacia ella tambaleándose. El doctor le sostuvo allá fuera.

—¿Captó usted algo, doctor?

—Nada, sólo vi… y estuvo a punto de chillar cuando me di cuenta de que aquella cosa se volvía blanda y transparente, informe, hasta desvanecerse en el aire;

—Oigo el rumor del mar… otra vez se oye desde aquí.

—Naturalmente. Ahora cuénteme.

—Deme tiempo, Wells. Necesito ordenar mis ideas. Pero lo esencial es que ellos no eran destructivos al principio. Tuvieron la mala fortuna de tropezar con el buque negro abandonado en alta mar, y allí sí había seres destructivos. Los vampiros reales, los primitivos Szalasky. Fue al absorber su energía que prendió en ellos el mal. Destruyeron a los vampiros y adoptaron, en parte, sus costumbres. Podían ser íncubos sin proponérselo. Adoptar la personalidad que les convenía para sus fines, sin el menor esfuerzo, porque su verdadera forma, su verdadera identidad, era sólo energía viva.

—Horrendo… ¿Y de dónde llegaron?

—De un mundo lejano. ¿Cree usted eso, doctor?

—Yo, sí. Pero no lo repita a las gentes. Le tomarán por loco. Siga contándonos, Grant.

—Ahora no… me siento al borde del agotamiento.

—Salgamos fuera. Necesita usted aire.

Caminaron hasta el bosquecillo. Sólo cuando llegaban a él, se dieron cuenta de que el doctor se había quedado en el castillo.

—Un hombre discreto… —comentó Grant.

—Yo no voy a desvanecerme, Nick.

—¿Y tu energía?

—Tómala… tanta como necesites. Yo… yo necesito la tuya.

El la abrazó. Fue una delicia hundirse en aquellos labios. Una delicia

tierna, sin tumulto. Un placer lento que le penetraba poco a poco, profundamente…

Podían darse el uno al otro sin temor a perder nada con la entrega.

Al revés.

FIN